

LA PACIENCIA Y SU OBRA COMPLETA

LA PACIENCIA Y SU OBRA COMPLETA

Exposición de Santiago 1:1-5

Thomas Goodwin



La paciencia y su obra completa

Publicado por Asociación Gracia Soberana

C/ San Isidro, nº 55

21710 Bollullos Par del Condado (Huelva)

España

www.icebollullos.org

bollullosice@gmail.com

Publicado originalmente en inglés

Primera edición de esta versión en español: 2021

Copyright © 2021 Asociación Gracia Soberana para esta versión española. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro se puede reproducir, guardar o transmitir en ninguna forma —electrónica, mecánica, fotocopiada, grabada, u otra— sin previo permiso del editor, a excepción de citas breves con el propósito de comentar.

Traducción del inglés: Díaz Ojeda, Emilio

Revisión: Cánovas Moreno, Demetrio

Diseño de la cubierta: Daniel Abad

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra

LBLA = La Biblia de las Américas © 1986, 1995, 1997 The Lockman Foundation. Usada con permiso

RVR 1909 = Versión Reina-Valera 1909

BT = Biblia Textual

VRJ = Versión Rey Jacobo (*King James Version*)

ISBN: 978-84-124092-1-5

Depósito legal: H 265-2021

Impreso en España

Printed in Spain

ÍNDICE

Prólogo a la versión original	7
Acerca del autor	9
SECCIÓN I	13
Prueba de que la paciencia es la eminente perfección del cristiano	22
SECCIÓN II	27
Primer apartado general: Qué es la virtud de la paciencia	27
Segundo apartado general: Cómo se forja la paciencia	32
I. ¿Cómo produce paciencia la fe?	33
II. Nuestro amor a Dios produce paciencia	44
SECCIÓN III	48
Tercer apartado general: Cuál es la obra completa de la paciencia	48
Primer aspecto del tercer apartado general: Su obra privativa	48

Segundo aspecto del tercer apartado general:	
Sus actos positivos.....	55
Tercer aspecto del tercer apartado general:	
Los frutos de la paciencia.....	67
Cuarto aspecto del tercer apartado general:	
Algunas propiedades o apéndices importantes de la paciencia que, al ser añadidos, la hacen a ella y a su obra completas	74
 SECCIÓN IV	 78
Una exposición del versículo 5	78
I. En cuanto al desaliento	79
II. Las instrucciones	86
III. Sus estímulos para la oración.....	87

PRÓLOGO A LA VERSIÓN ORIGINAL

Para un relato sobre la ocasión en que se escribió este extraordinario tratado, véase *Memoir of Dr Goodwin* (Memorias del Dr. Goodwin), escrito por su hijo (p. 84). Se publicó anónimamente en un pequeño volumen, y es una de las obras más inusuales de Goodwin. Como evidencia de su extrema rareza (aparte de los elevados precios que alcanza, equivalente al coste de las obras completas de Goodwin en esta serie), se puede mencionar que los bibliógrafos y otros hablan de él meramente como un sermón, mostrando con ello que nunca lo habían visto. Por el uso del ejemplar a partir del cual se ha hecho esta reimpresión, estamos agradecidos por la amplia colección puritana del Rvdo. A. B. Grosart, de Kinross.

ACERCA DEL AUTOR

Thomas Goodwin (1600-1680) fue un teólogo y predicador puritano inglés. Estudió en la Universidad de Cambridge, donde obtuvo dos títulos. Después de sus estudios, fue nombrado para varios puestos en la Iglesia Anglicana, uno de ellos como ministro en Trinity Church, Cambridge. Sin embargo, su obispo era seguidor del Arzobispo Laud, que odiaba a los puritanos, y le hizo la vida muy difícil, por lo que dimitió de todos sus cargos, se mudó a Londres y se hizo congregacionalista. En 1639, para escapar de la persecución, huyó a Holanda donde fue el pastor de una pequeña congregación de mercaderes y refugiados ingleses. Regresó después de dos años y pastoreó durante algunos años una congregación independiente en Londres. Aquí se convirtió rápidamente en una eminencia considerable como predicador.

En 1643, Goodwin fue elegido miembro de la Asamblea de Westminster, el órgano que recopiló la Confesión de Fe de Westminster, el Catecismo Mayor y el Catecismo Menor, documentos reconocidos hasta hoy como declaraciones del cristianismo bíblico.

A menudo se le invitaba a predicar en la Casa de los Comunes en el Parlamento, y sus obras publicadas en vida fueron, sobre todo, los sermones que encargaba publicar el Parlamento. En total, sus obras completas forman doce volúmenes grandes, y muchos de sus escritos han sido reeditados casi cincuenta veces a lo largo de los siglos.

El presente título está tomado del segundo volumen de sus obras completas, en el que se incluye también una exposición de varios pasajes de la Epístola a los Efesios.

En español, la editorial El Estandarte de la Verdad, en colaboración con Editorial Peregrino, ha publicado un libro que lleva por título *La oración*, y que contiene dos obras complementarias: una, de John Bunyan (*La naturaleza de la verdadera oración*), y otra de Thomas Goodwin (*La respuesta a la oración*). La primera edición en inglés de la citada obra fue publicada por The Banner of Truth Trust. Hay otra obra de Goodwin en nuestro idioma publicada por Editorial Peregrino con el título *El corazón de Cristo*.

*Santiago, siervo de Dios y del Señor
Jesucristo, a las doce tribus que están en
la dispersión: Salud.*

*Hermanos míos, tened por sumo gozo
cuando os halléis en diversas pruebas, sa-
biendo que la prueba de vuestra fe produ-
ce paciencia. Mas tenga la paciencia su
obra completa, para que seáis perfectos y
cabales, sin que os falte cosa alguna. Y si
alguno de vosotros tiene falta de sabidu-
ría, pídale a Dios, el cual da a todos
abundantemente y sin reproche, y le será
dada.*

(Santiago 1:1-5).

SECCIÓN I

Mi tema es la *paciencia* cristiana y la *obra completa* de la paciencia (v. 4); pero, como introducción, tengo primero que aclarar algunas palabras en los versículos 1 y 2.

1. En lo que se refiere a los destinatarios, eran *las doce tribus que están en la dispersión*, que habían sido y aún estaban privadas de su herencia en su tierra natal, y que, al abandonarla, se habían abocado al destierro; no digo todos, sino multitud de ellos, como vemos en Hechos 8:1: *En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles*. Y en Hechos 11:19 encontramos que habían viajado tan lejos como hasta Fenicia, Chipre y Antioquia, y desde allí, posteriormente, a otros países. El otro apóstol que escribió a las mismas personas las conforta con esto diciendo que se les había *hecho nacer de nuevo a una [...] herencia* mejor (1 P 1:3-4 LBLA) que aquella de Canaán de la que habían sido desposeídos.

2. Observo que, aunque ellos estaban ya bastante desposeídos y desamparados, y arrancados de sus casas y hogares con sus familias, para buscar el sustento en países extranjeros, y que, aunque grandes y acuciantes problemas y penalidades los perseguían aún, como una ola sigue a otra ola, ellos se hallaban continuamente en variadas y diversas tribulaciones de toda índole. Dios *nos prueba en todo momento* (Job 7:18); somos castigados cada mañana (cf. Sal 73:14); y

muertos —esto es, en peligro de muerte— **todo el tiempo** (Ro 8:36). Dios no había terminado aún con ellos.

3. En esta situación, el apóstol formula la más extraña paradoja que jamás se pudo o pudiera expresar; y comienza en el versículo 2: **Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas**. Así, de manera franca y directa, sin un preámbulo suavizante ni una edulcorada introducción, con la excepción del **hermanos míos** que usa para preparar el camino. La primera parte (**tened por sumo gozo**) parece conllevar una contradicción moral frente a la segunda parte (**cuando os halléis en diversas pruebas**); y esta última parece hacer imposible la primera, que es el deber al que exhorta. Vamos a considerar cada una de las palabras de ambas partes:

1. Si fuera simplemente que se les invitara a regocijarse, sería muy inadecuado para hombres en la situación y circunstancias en que se supone estaban inmersos. Bien, «pues, aun así —dice—, tened por gozo»; no solo moderar, contener o sofocar las pasiones opuestas —que era la lección más importante que habían enseñado la filosofía y los estoicos, los mejores filósofos—, sino que el evangelio nos invita “*por tanto*”, etc., o a causa de las pruebas y por encima de ellas, a regocijarnos. **Tened por [...] gozo**, eso es lo primero.

2. **Sumo gozo**, gozo en altísimo grado, porque así el **sumo gozo** debe suponerse ser.

3. Y esto no cuando vieran por experiencia las gloriosas consecuencias y acontecimientos que las pruebas producen, sino tenerlas por **sumo gozo** de antemano, como si poseyeran lo que Dios promete ser **el fin** garantizado **que esperáis** (Jer 29:11); y estar por anticipado tan seguros de ello como si ya lo tuvieran.

4. No es cuando estén agobiados por las aflicciones, sino cuando las pruebas irrumpen entre ellos y se vean sometidos a ellas.

5. Ni tampoco cuando se les conduce a ellas gradualmente o se cruzan con ellas en el camino, sino cuando se hallen en ellas. Es de un chaparrón de lo que habla, y repentino, súbito y completamente inesperado por parte de ellos.

6. No **cuando os halléis en** una o dos, sino en **muchas pruebas**, como se traduce en otros lugares la palabra **diversas** que encontramos aquí: **Múltiples**¹ (1 P 1:6 VRJ), y **múltiples** implica **muchas**.

7. Y no de una sola clase o especie, sino **diversas** y, por tanto, de diferentes clases, como en cuanto al buen nombre, el oprobio y el insulto; **diversas** también en lo referente a sus cuerpos y almas; a sus parientes y a sus familias: amigos, esposa, hijos; al **hombre exterior** y al **interior** (2 Co 4:16).

8. **Cuando caigáis** (*peripesete*) en ellas como en un foso, en una trampa, y os rodeen; de manera que no tengáis nada en que apoyaros o sustentaros, sino que todo lo que os rodee caiga con vosotros y debajo de vosotros; de modo que, vistos desde fuera, estéis hundidos y abrumados por las ruinas.

En este caso, **tened por sumo gozo**, dad voces como los que cosechan, o los que han conseguido un gran botín; cuando sus sufrimientos sean tan grandes que no se puedan soportar, que, aun así, su gozo debe ser tan grande que no admita mayor expresión de gozo; esta es la obligación más difícil que se haya demandado nunca a los atribulados corazones humanos. Y Dios no la demandaría si no fuera asequible; y no es asequible por ningún otro principio que los del cristianismo. Y esto prueba que nuestra religión cristiana, que es

¹En *poikílois*: la misma palabra aquí y allí.

la única sabiduría auténtica (v. 5), conlleva una virtud² tan espiritual y soberana que es capaz de elevar el ánimo hasta tan alto y glorioso grado y perfección en esta vida.

Pero puede que alguien diga: «Nos has propuesto esta extraña y difícil obligación; ¿qué fundamento hay que pueda persuadir nuestras mentes y corazones de manera racional y eficaz?; ¿qué consideraciones que puedan procurarnos este gozo, y cómo podemos ser inducidos a ello? Porque Dios nunca dio un mandamiento sin que hubiera una completa y suficiente razón y fundamento para hacerlo cumplir».

El apóstol nos da dos argumentos: uno en los versículos 3 y 4: *Sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.* Este es un fundamento tomado de lo que sigue en esta vida. El otro está en el versículo 12: *Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.* Este es el galardón que sigue en la vida venidera, en la esperanza y expectación de lo cual se puede tener *por sumo gozo* el ser probado ahora; porque el fin y resultado de las pruebas es una corona de gloria que estas producen, como dice 2 Corintios 4:17: *Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria.*

Comienzo con el primero: *qué razón hay en esta vida* que nos lleve a regocijarnos en tales pruebas. Está en los versículos 3 y 4: *Sabiendo* —esto es, sopesando y considerando en profundidad este principio de nuestra profesión cristia-

² La palabra inglesa *grace* puede traducirse como gracia o virtud, dependiendo del contexto. En esta obra se ha traducido de ambas maneras. (N. del E.).

na— **que la prueba de vuestra fe produce paciencia**. Esto es lo primero y principal en lo que el apóstol tácitamente basa esta afirmación y construye su presuposición; está en la base, pero está suficientemente implícito. Consiste en esto: que el hecho de que nuestras virtudes, especialmente la fe y la paciencia, sean probadas y manifestadas y ejercitadas en nosotros, para la gloria de Dios, es la mayor bendición para un cristiano en esta vida.

Que esto es la base fundamental es evidente. ¿Porque para qué, si no, lo presentaría y resaltaría especialmente con un **porque** (v. 3 VRJ), o conjunción, que da la razón de lo que acaba de decir? Para que viendo que su fe y otras virtudes, como la paciencia, etc., serían probadas de este modo, lo tuvieran, en consecuencia, **por sumo gozo**. Hermanos míos, si tuviéramos ojos para verlo y considerarlo, sabríamos que de la misma manera que tener la gracia que acompaña a la salvación es la mayor merced que puede experimentar cualquiera en este mundo, igualmente, que esa virtud sea probada, ejercitada y manifestada al máximo es de la mayor importancia: el mayor privilegio espiritual que podemos recibir después de tener tal virtud.

Y, por tanto, cuando llegan las pruebas, debemos decirnos: «Ahora van a ser probadas mis virtudes; lo que me está sucediendo lo hará; esto debería ser causa de gran gozo para mí». Por este motivo y razón es por lo que el apóstol les ordena tenerlo por **sumo gozo**. Y así es, porque ninguna otra cosa se menciona aquí y solo este es el mayor privilegio que puede tener un cristiano en esta vida. Y solamente en esta vida se puede ejercitar esta gracia.

Y la razón reside en esto: que la virtud sea aprobada ante Dios de modo que le sea sumamente grata y sea aprobada por él, y que la sinceridad de alguien tenga la aprobación y

el testimonio de Dios —como en el caso de Abraham: ***Ya conozco que temes a Dios*** (Gn 22:12)—, este es el mayor privilegio que un santo puede tener y debería ser motivo de la mayor consolación. Y es nuestra mayor gloria, según 2 Corintios 10:17: ***El que se gloria, gloríese en el Señor***, lo cual habla aquí en referencia a lo que sigue en el versículo 18: ***Porque no es aprobado el que se alaba a sí mismo, sino aquel a quien Dios alaba***. De ambas cosas habla el apóstol como de algo que lo confortaba y, de hecho, en lo que se gloriaba, sabiendo que el Señor lo aprobaba. También Job se confortó de esta manera: ***Me probará y saldré como oro*** (Job 23:10). El apóstol dice: ***La prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro*** (1 P 1:7); y está hablando del auténtico instrumento o medio por el que nuestras virtudes son probadas: el auténtico horno o fuego mediante el que son probados —*to dokímion*³ (es su palabra)—, aun eso es más precioso que el oro y, por tanto, mucho más lo son las virtudes que son probadas. Por consiguiente, el apóstol con su *to dokímion* se refiere a las aflicciones y tentaciones mediante las que somos probados. Son el crisol y el fuego.

Te alegrarías si te dieran una gran cantidad de oro. Así que alégrate de las muchas aflicciones que prueban tu oro. La razón por la que Dios prueba tus virtudes es porque las estima como de gran valor; si no fuera así, no se tomaría tanto trabajo. Y una vez han sido probadas y se ha demostrado que son realmente auténtico y verdadero oro, reciben su aprobación en esta prueba; y él pone su sello real y su señal sobre ellos, secretamente en esta vida, pero se manifestará

³ “*Dokímion est id per quod fit exploratio*” (en palabras de Grocio) y, por tanto, se diferencia de *dokimé*, que indica el resultado, el experimento o fruto tras la prueba (véase el mismo Grocio en Romanos 5:4), así como *kritérion* de *krísis*.

públicamente ante todo el mundo en el último día, como vemos en 1 Pedro 1:6-7: ***En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo.*** La fe será ***hallada en alabanza*** en aquel momento, pero ya ahora es ***hallada en alabanza*** ante Dios tanto como lo será entonces.

Él menciona la fe —***para que sometida a prueba vuestra fe***— en primer y principal lugar, ya que es la virtud más probada; y, como aquella que, al ser probada, pone a todas las demás en acción. No es necesario insistir mucho en esto. Es la fe la que será hallada ***en alabanza*** y ***gloria*** en aquel día, después de haber sido probada. Es la fe la que soporta, y por medio de la cual soportamos, la tensión de las pruebas. Es la fe aquella por la que vencemos: ***Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree?*** (1 Jn 5:4-5).

Un segundo y más concreto principio o aspecto que concierne a esta vida, y que nos debería causar regocijo, es que la fe, al ser probada, ***produce paciencia***; y que, si la paciencia tiene ***su obra completa***, nos hará cristianos perfectos: ***Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna*** (v. 4).

El apóstol no se extiende más hablando sobre la fe; le da sencillamente el honor de que, al ser probada, es la madre de todas las virtudes, y especialmente de la paciencia. Pero, en cuanto menciona la paciencia, trata de ella y se deshace en encomios y alabanzas hacia ella. Ahora bien, no hay necesi-

dad, ni lugar ni ejercicio de la paciencia a menos que haya pruebas.

Y la obra de la paciencia no es sino lo que la aflicción la demuestre ser. Por tanto, su segundo argumento versa sobre este principio: que la **obra completa** de la paciencia en nuestras almas supone, entre todas las demás virtudes, la más alta perfección del cristiano; y, por tanto, **tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas**; porque por medio de ellas tal virtud se os desarrollará al máximo, se elevará hasta el más alto grado, lo cual no es factible sin las correspondientes pruebas. Y en todas ellas tenga su libre curso, su obra completa, y os hará personas completas: es decir, tan completas como podáis ser en esta vida.

Pregunta: ¿Pero en qué sentido nos hace perfectos?

Respuesta: No solo en este sentido —porque hay un doble sentido en la frase—, como si cuando hubiéramos ejercitado todas las demás virtudes, sin que aún haya habido necesidad de esta, cuando se añadiera esta virtud, entonces serían cristianos perfectos. Pero no es este el significado, porque esto se puede aplicar a cualquier otra virtud: como si alguien ha ejercitado todas las demás virtudes y empieza a ejercitar una nueva, se puede decir que existe perfección en este sentido. Como cuando dice a los corintios: **Como en todo abundáis, abundad también en esta gracia** (2 Co. 8:7). Pero hay otro sentido, y esa es su finalidad aquí, que no es ensalzar una perfección en común con otras virtudes, sino una perfección especial atribuible a la paciencia: «**Tenga la paciencia su obra completa** y solo esto os hará eminentemente perfectos». Y su finalidad es animarlos ante los mayores problemas y acontecimientos en sus vidas: las **pruebas**. Y, por tanto, se aplica un singular y especial elogio a la paciencia, que es el escudo contra las pruebas.

Hermanos míos, para dar el sentido completo a esto, voy a hacer una suposición. Supongamos que un cristiano ha tenido el privilegio de haber vivido en el ejercicio de todas las virtudes, poniéndolas en práctica, o que ha llevado una vida activa, de manera que ha vivido en dulce comunión con Dios, y que ha andado *a la luz de* su *rostro* siempre (Sal 89:15), y que además ha tenido la oportunidad de hacer el bien y, por consiguiente, ha sido muy activo en hacer el bien, abundando en buenas obras, deberes santos, oración, lecturas, santas conversaciones, etc.; pero todo esto libre de sufrimientos, de manera que no ha tenido su parte de sufrimiento aún y, en consecuencia, no ha tenido necesidad de usar la paciencia.

Supongamos otro cristiano que se ha visto estorbado e impedido y apartado de tal vida activa de hacer el bien con la libertad de la que hemos hablado, pero que la dispensación de Dios ha dispuesto para él una vida de sufrimientos todos sus días y lo ha sometido a ella, y con ello su paciencia se ha visto ejercitada ante toda clase de pruebas; y, al mismo tiempo, supongamos que la paciencia, con todas las bondadosas disposiciones del corazón que le son propias, ha tenido libre y completo acceso a su corazón —como describiré más adelante—, ha operado de muchas maneras distintas, según hayan sido las tribulaciones: esto de por sí habría desarrollado, ejercitado y dirigido todas sus virtudes, de modo que se podría decir: «Este hombre es un perfecto cristiano; ¿se puede decir que es más perfecto que el otro?». Al menos, el texto dice que esto lo hace un hombre perfecto.

En segundo lugar, si suponemos que alguien ha sido muy activo en la primera parte de su vida, y ha prestado un gran servicio a Dios con un corazón generoso, y que, por fin, después de haber cumplido la voluntad de Dios, para coronarlo todo más aún, él ejercita su paciencia con grandes padecimientos y

la pone de manifiesto por medio de estas pruebas: tal hombre es perfecto en todo, y hasta entonces le faltaba la mayor perfección que anteriormente no había alcanzado del todo.

Prueba de que la paciencia es la eminente perfección del cristiano

1. Tomemos como ejemplo a nuestro Señor y Salvador Jesucristo. ¿Cuál era la perfección de Cristo? Había sido perfecto en toda obediencia activa, colmado de todas las virtudes y, sin embargo, la gloria de su perfección se atribuye a sus sufrimientos y a su paciencia: *Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos* (He 2:10). Este paciente sufrimiento fue el que realzó y ensalzó así su obediencia: *Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte*, etc. (Fil 2:8). Este paciente sufrimiento fue aprendido a través de la obediencia: *Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia* (He 5:8). La parte activa de la obediencia era natural para él, al ser, como Hijo natural, el *Santo de Dios* (Mr 1:24; Lc 4:34; 1:35); tenía la ley de Dios en su corazón, y era su delicia, su comida y su bebida el hacer la voluntad del Padre (*cf.* Sal 40:8; He 10:7). Es decir, esto le era connatural. Pero que él sufriera, siendo el Hijo, y así ser paciente en el sufrimiento, siendo tan gran persona, esto tenía que ser aprendido, como algo impropio de tal persona, el Hijo. Y, sin embargo, puedo decir que esto perfeccionó sus logros naturales; era una lección inusual, completamente extraña y fuera de lo común. Debía ir a la escuela, por tanto, para aprenderla. Así lo da a entender el texto: iba a aprender esto como algo que lo perfeccionaría en grado sumo, y así, en efecto, con este pro-

pósito continúa en el versículo 9: **Habiendo sido perfeccionado**, es decir, por lo que sufrió, como también lo había dicho en el versículo anterior y en el capítulo 2 y como lo que lo perfeccionó más que toda su otra obediencia, y lo hizo más aceptable al Padre.

Ahora bien, fue su paciencia en el sufrimiento en lo que consistió principalmente su obediencia; lo cual, en consecuencia, se menciona frecuentemente, como en Hebreos 12:2: **Sufrió la cruz**, y en el 3: **Sufrió tal contradicción de pecadores**. La misma palabra que se usa aquí en lugar de paciencia: aquella es el verbo, esta es el sustantivo. «Sufrir» se usa para expresar «paciencia» a lo largo de todo el Nuevo Testamento, y especialmente en esta epístola (cf. 2:10; 5:8). Cristo ciertamente sufrió: **Como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca** (Is. 53:7). Los cerdos gruñen, pero las ovejas permanecen en silencio cuando se les lleva al matadero, o cuando son degolladas. Y así fue la perfección suprema y propia de Cristo, a quien, por tanto, se nos propone como ejemplo de sufrimiento y paciencia; e igualmente del glorioso fin y fruto de aquellos, en estas palabras de Santiago 5:11: **Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor**, o sea, del Señor Jesucristo, lo que muchos de los judíos a los que escribía habían visto con sus propios ojos o tuvo lugar en su tiempo y, por tanto, a la vista de ellos; lo vieron sufrir y ahora lo veían coronado **de gloria y de honra** (He 2:7). Fue **el fin** de nuestro **Señor** (cap. 5:11) y su sufrimiento lo que lo perfeccionó.

2. Y de la misma manera que fue el perfeccionamiento de Jesucristo, así lo fue el de los más eminentes santos. Volvamos a la epístola (cap. 5:11), y encontraremos el principio primordial predominante: **He aquí tenemos por biena-**

venturados a los que sufren —una vez más la misma palabra que se usa para paciencia, como dijimos—, esto es: «Nosotros los cristianos generalmente consideramos que los hombres más felices del mundo son los que están ejercitados en los padecimientos y armados con paciencia para sufrirlos». Son felices hasta el **he aquí** y, por tanto, hasta el perfeccionamiento, en nuestra estimación general. **He aquí, tenemos por bienaventurados** era una máxima común entre ellos en aquellos tiempos, y el hecho mismo sumamente anhelado. Entonces:

3. **Tomad como ejemplo [...] a los profetas**, dice Santiago (cap. 5:10). Los alaba también a ellos por su paciencia, así como por sus profecías. Y aunque los describe por esta característica, con la perífrasis: **Que hablaron en nombre del Señor**, esto es solo para destacar y alabar tanto más sus sufrimientos y paciencia. Pone la corona sobre la cabeza de esa virtud. Tampoco menciona ninguna de sus buenas acciones; nada de eso, solo sus sufrimientos. Y al que pone como ejemplo es a Job. Dios se jactó de él ante Satanás por su vida anterior de santidad; pero esto no lo menciona el apóstol, ni tampoco el Nuevo Testamento, sino que lo alaba solamente por su sufrimiento y su paciencia, como aquello que le ganó el afecto de Dios más que toda la primera parte de su vida.

Por último, considera a los apóstoles. El apóstol en el Apocalipsis lo pone en su escudo de armas como parte de su nobleza y de su blasón: **Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo** (Ap 1:9).

Ahora bien, sobre esta base, si sois cristianos auténticos y verdaderos y sabéis, como dice el apóstol, cómo estimar debidamente lo que es vuestro mayor interés y privilegio en esta vida —o sea, la prueba de vuestras virtudes y, sobre todo,

de esta virtud de la paciencia, como el máximo perfeccionamiento de un cristiano y, de hecho, del propio Cristo, y la que fue la suprema alabanza de los profetas y los apóstoles—, si valoráis el **agradar al Señor** (Col 3:20), entonces **tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas** (v. 2). Porque en ese momento tenéis a Dios y a Cristo (el gran, principal y supremo ordenador y diseñador de estos conflictos) poniendo su misericordiosa mirada en vosotros, complaciéndose al contemplar de qué modo tan valiente, sabio y valeroso os comportáis y os desenvolvéis. Él está sentado en el Cielo, como el gran espectador de estas justas y torneos, que son para él como los espectáculos que nos divierten a nosotros; el apóstol alude a esto en 1 Corintios 4:9: **Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres.** Alegraos, por tanto, como lo harían los buenos soldados, por entrar en combate ante la vista del gran general y emperador a quien buscan agradar. Así, en 2 Timoteo 2:4: **Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado.** Por tanto, liberad y soltad vuestros corazones de todas las amarras que causan apego a las cosas de este mundo; de las pasiones desordenadas que se aferran a las cosas de esta vida, porque os obstaculizarán y os debilitarán en lo que se refiere a soportar las pérdidas y cruces que encontraréis en ella: sabiendo además que no podéis agradar al **autor de vuestra salvación** (He 2:10), ni presentaros **a Dios aprobados** (2 Ti 2:15), si no es por medio de la paciencia en el sufrimiento; a lo cual se exhorta en las palabras anteriores de ese pasaje a Timoteo, en el versículo 3: **Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo.** Y, en conse-

cuencia, continúa diciendo: «A tu general le agrada verlo». Y en el capítulo 1 de Colosenses, ora primero en general: ***Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo*** (Col 1:10); y el agradarle consiste en fructificar en buenas obras o vida activa del cristiano: ***Llevando fruto en toda buena obra*** [en el mismo versículo] y así ser ***fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad***, puesto que esta es la segunda y principal y más gloriosa obra que un cristiano debe llevar a cabo para consumir la anterior; y que, en consecuencia, requiere una ***potencia*** más gloriosa para realizarla que la que necesitaba la anterior, la parte activa, como muestra el versículo 11: ***Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad.***

Hasta aquí hemos llegado en lo que se refiere a explicar las palabras, lo que me permite ahora abordar lo que sigue sobre una base más firme.

SECCIÓN II

Tengo tres apartados generales que tratar:

I. Qué es la paciencia.

II. Cómo se ejercita la paciencia.

III. Qué significa que *tenga la paciencia su obra completa* (v. 4).

PRIMER APARTADO GENERAL: QUÉ ES LA VIRTUD DE LA PACIENCIA

Considerada en su conjunto —esto es, en su total extensión—, es un constante persistir, ya sea en hacer la voluntad de Dios sin desanimarse, o bien en sufrir la voluntad de Dios con sumisión, y sosiego y buen ánimo, hasta el final de la vida del hombre. Y, de esta manera, concierne tanto al hacer como al padecer. En la parábola del sembrador se dice que la buena tierra da *fruto*, todo su fruto, *con paciencia* (Lc 8:15 RVR 1909). Esto se refiere a:

Primero: Hacer la voluntad de Dios: *A los que, perseverando en bien hacer* [el griego dice: *La paciencia de una buena obra*] *buscan gloria y honra*, etc. (Ro 2:7).

Y la razón por la que se necesita la paciencia para toda *buena obra* es que a toda obligación la acompaña su correspondiente dificultad; y, para que se desarrolle cada una de las

virtudes, necesitamos tener paciencia para cumplir con la obligación constantemente, y para continuar en la práctica de tal virtud⁴. Hay dificultad no solo por nuestra propia depravación, para la cual los mandamientos de Dios son gravosos, sino también por las circunstancias de tiempo y lugar en que nos encontramos y las personas con las que convivimos, aunque no nos persigan; y por no correr *con ellos en el mismo desenfreno de disolución* (1 P 4:4), decir o hacer lo que sabemos que no agrada a nuestros acompañantes. Así, ser casto en Sodoma fue una prueba para Lot; condenar al mundo con una conducta diferente, como la de ser más estrictos que otros en el día del Señor, o en las obligaciones familiares, etc.; ir contra corriente, ser diferentes y cosas parecidas (cf. Mt 5:47).

En Hebreos 12:12 leemos: *Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas*, y aquí observo que al hacer cualquier buena obra no solo somos criaturas lisiadas que andamos como los que cojean, lo que engendra torpeza en cualquier cosa que hagamos, sino que, además, somos propensos, por esta razón, a salirnos *del camino* —como dice el texto (v. 13)—, si es escarpado. Los miembros con los que tendríamos que caminar están *paralizados*, *las manos* con las que tendríamos que actuar están *caídas* y, de esta manera, nuestras obligaciones son difíciles de realizar. Subir al monte de las buenas obligaciones (aunque sean particulares y personales) sin desmayo; seguir la senda correcta; no escoger nuestro camino; no poner obstáculos al camino o la obra que Dios nos haga hallar *para hacer* (Ecl 9:10 LBLA); y, especialmente, no desalentarnos hacia el final, cuando estamos

⁴ «*Patentia ita Dei rebus proposita est, ut nullum praeceptum obire quis possit a patientia extraneus*» (Tertuliano, *de Patientia*).

llegando a la cumbre del monte; todas estas cosas conllevan cansancio.

Ahora bien, lo que principalmente nos anima y nos da fuerza para todo esto es la paciencia, como ya nos había anunciado en el versículo 1: ***Y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante***; necesitamos paciencia en cada paso que demos: tanto en el hacer como en el padecer. Y en el versículo inmediatamente anterior a la exhortación a la que nos referimos (He 12:11), el apóstol nos expone y encarga un caminar llano y sereno en la paciencia, conseguido, en primer lugar, a través del sufrimiento, con estas palabras: ***Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados***. De la misma manera que un comportamiento firme, resuelto y sereno en el cumplimiento de todos los deberes que impone la justicia proviene de la paciencia, y es en gran medida el fruto que obtiene la paciencia por medio del castigo. La vida de padecimientos ayuda y contribuye a la vida activa grandemente; porque, así como es necesaria la paciencia para hacer la voluntad de Dios, el padecimiento prepara el corazón para aquella.

Pero no es la paciencia del bien obrar, en sentido estricto, la paciencia que se entiende en este texto.

La paciencia es, por tanto, en segundo lugar, *el sufrir la voluntad de Dios*, como quiera que esta sea. Y esto hace que se estime a la paciencia en sumo grado. Y esta es la afamada paciencia que encontramos casi en todas partes y que el texto demanda, como cuando en el versículo 2 habla de hallarse en repentinas e inesperadas pruebas y tentaciones. Por tanto, no se refiere a las dificultades que acompañan a nuestro personal y constante camino cotidiano, al llevar a cabo las obligaciones de nuestra santa profesión.

Objeción: Pero diréis: «Mis sufrimientos no son por el evangelio, como lo eran los de aquellos a los que se refiere aquí, sino que son simplemente contingencias providenciales que me suceden por la providencia ordinaria, y son en todo semejantes a las que acaecen a los malvados. No provienen de persecución externa por causa de Cristo o por mi profesión, sino de la mano de Dios».

Respuesta: Contestaré a esto aquí, de una vez por todas.

1. Las palabras de este propio texto pueden ayudarnos algo; porque de lo que se está hablando es de *pruebas* en general y de pruebas surgidas por desgracias repentinas y, por tanto, de cualquier especie. El apóstol no las limita a las pruebas por persecución, aunque se refiere a ellas principalmente, sino que pueden y deben extenderse a otros acontecimientos providenciales; y la palabra *upomone*, usada para *paciencia*, significa permanecer inquebrantable e íntegro bajo cualquier presión, sea del tipo que sea. Esto se refiere, en verdad, principalmente a tribulaciones por el evangelio, si bien no exclusivamente a tribulaciones en general.

2. Evidentemente, en el desarrollo de este argumento, el apóstol tiene en mente otras pruebas o padecimientos aparte de la persecución; como muestran los ejemplos que alega para aplicarlos a esta paciencia. Porque entre otros, y por encima de todos los demás, presenta el ejemplo de Job y las suyas, el único al que cita por su nombre, así como el de los profetas en general, a quienes dice Cristo que persiguieron (*cf.* Mt 5:12). Así, en el capítulo 5:11: ***Habéis oído de la paciencia de Job***. Su alusión a los profetas es solamente general: ***Tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas (v. 10)*** —sin nombrar a ninguno en particular—. Pero al hablar de Job lo singulariza con su nombre. Ahora bien, para confirmar la exhortación a esta paciencia a la que

se refería, no habría citado, como el ejemplo más eminente, a alguien que no estuviera dentro del ámbito y la fuerza de su exhortación. Vamos, por tanto, a recurrir al caso y a la historia de Job.

Sus pérdidas provenían solamente de las disposiciones de Dios. Los sabeos y los caldeos saquearon sus bienes y mataron a sus criados. Y el **fuego de Dios**, o procedente de Dios, **cayó del cielo**, como le dicen sus mensajeros (Job 1:16). Es verdad que fue el diablo, por su rencor, el que impulsó a quienes lo hicieron; pero ellos lo hicieron no como persecución, sino como enemigos en común, como cuando las fuerzas de un país invaden a otro. Pero Dios y el diablo lo habían acordado juntos; sí, y fue Dios quien le dio al diablo la primera oportunidad para atacarle con su permiso. Así que esto no sucedió como persecución a causa del evangelio. Tampoco sabía Job de esta negociación entre Dios y Satanás, no mientras su paciencia estaba siendo probada, y lo tomó todo como proveniente de la mano de Dios, por extraordinario que fuera.

Si se me pide ahora *una descripción de la paciencia* en lo que respecta a sufrir por la voluntad de Dios, debo darla tal como está en la Palabra del Dios de los cielos, porque esta es la regla que dirige a ella, y no debemos rebajarla a lo que encontramos en nuestros corazones. Y, sin embargo, lo que sigue a continuación y confirmará cada tilde, está sacado principalmente de ejemplos de los santos, ya sea en el Antiguo o en el Nuevo Testamento, que prueban que es alcanzable; aunque admitiendo defectos, que acompañan a todas las virtudes en esta vida.

La paciencia es sufrir todas las pruebas dolorosas con gozo, con acción de gracias, con constancia, con perseverancia hasta el final de la vida, todas las pruebas dolorosas, por muy

grandes, duraderas y desesperantes que sean; es mortificar y refrenar el desorden de pasiones antagónicas, como el miedo, el dolor, el desasosiego, la ansiedad, que surgirán con tales aflicciones; con sumisión a la voluntad de Dios, para su gloria y complacencia; es bendecir y santificar a Dios en todo, esperando en él, y consolándose por fe con lo que se va a tener en Dios, y de Dios, en comunión con él, y por su amor, en esta vida; con la esperanza también de aquella gloria que es el galardón cuando esta vida haya terminado.

Yo podría, en este momento, confirmar cada palabra, cada tilde de esta descripción, ya sea con ejemplos de santos o con las normas que nos da la Palabra. Pero omito la recopilación de tales pruebas aquí porque las encontraremos esparcidas por todas partes en los apartados que siguen.

SEGUNDO APARTADO GENERAL: CÓMO SE FORJA LA PACIENCIA

Hermanos, al mismo tiempo que os muestro cómo se forja la paciencia, también os mostraré con ello el modo y manera de obtenerla; porque de la misma forma que se forja, se nutre y se mantiene, y no me saldré del texto para ello.

Aquí hay dos principios que obran la paciencia. El primero es la fe: ***Sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia (v. 3)***. Y porque en Gálatas 5:6 se dice: ***La fe obra por el amor*** —o sea, la fe obra por el amor en todo caso—, por tanto, tenemos que concluir que también el amor obra paciencia. Y esto también lo tenemos en el versículo 12: ***Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. ¿Por qué incluye a los que le aman cuando está hablando de quien soporta la***

tentación, sino porque es el amor el que hace que el hombre sea capaz de soportar la tentación?⁵ Así que la fe, en primer lugar, y la fe obrando por amor, en segundo, producen paciencia o aguante.

Y la confirmación de estas dos cosas proporcionará pruebas para la última parte de la descripción que di de la paciencia; a saber, la de consolarse el alma por fe, con lo que se va a tener en Dios, etc.

I. ¿Cómo produce paciencia la fe?

Respuesta: Primero, en general, **la fe es la certeza de lo que se espera** y, ciertamente, de todas las cosas que son reveladas en la Palabra; es decir, que las hace subsistentes y reales al alma humana. Esto lo hace la fe, como muestra el capítulo 11 de Hebreos. Y, por tanto, la fe tiene todos los motivos y consideraciones que la totalidad de la Palabra proporciona, y los introduce todos en el alma, y los hace subsistir en ella para sostenerla en las pruebas. Todo se recibe por fe; ella es el embudo que llena la vasija. Y así hace entender al alma del hombre todas las consideraciones que la Palabra proporciona, las cuales pueden inducir a la paciencia, y la producen. Esto es solo en general.

Estas consideraciones de la Palabra son infinitas, y no puedo pormenorizarlas; solamente presentaré las que son más propias de la fe.

En primer lugar: *La fe tiene una obra privativa, que vacía.* Vacía el alma de todo valor, justicia y excelencia ante sus propios ojos, y ofrece al alma una visión completa de la

⁵ *Admonet victores ómnium tentationum fore, qui Deum amant. Nec alia de causa nos animo defícicum tentamur, nisi quia prevalet mundi amor.* (En palabras de Calvino).

pecaminosidad del pecado, de sus pecados espirituales, y de toda su oposición a la santidad y a la fe; y, por otra parte, la convence totalmente de cuán justamente merece ser del todo destruida y, por tanto, de lo merecidas que son todas y cada una de sus aflicciones, cualesquiera que sean, puesto que son en su conjunto, o por separado, mucho menos que la propia destrucción. Y a la vista y percepción de todo esto, la fe pone de manifiesto ante el alma que es una criatura **pobre**, vacía, desnuda y **miserable** (Ap 3:17) en todos los sentidos espirituales, tanto a la vista y en la presencia de Dios como a sus propios ojos. Y esto ayuda mucho en la obra de la paciencia.

Observaréis en esa cadena de oro de virtudes de Mateo 5:3-5, en la que cada nuevo eslabón depende del anterior, que la pobreza de espíritu aparece en primer lugar: **Bienaventurados los pobres en espíritu**, o sea, los que están vacíos de sí mismos; los que se ven a sí mismos como el que espiritualmente no tiene nada, no merece nada ni es capaz de hacer nada. Y esta auténtica pobreza de espíritu la tienen por obra de la fe; porque la bienaventuranza se refiere solamente a los que creen, y a los frutos de la fe en ellos (Ro 4:7-9). Después, en segundo lugar, sigue: **Bienaventurados los que lloran**, es decir, por sus pecados; esto es lo segundo. Y luego, en tercer lugar: **Bienaventurados los mansos**, es decir, aquellos que, a la vista de su pobreza y pecaminosidad, están a los pies de Dios, tan sometidos y afectados que Dios puede hacer lo que quiera a ellos o con ellos.

Así es su condición cuando se han vaciado de esta manera, que es cuando han visto sus pecados y cómo merecen ser destruidos, y se humillan y gimen por ellos. Estas actitudes anteriores producen mansedumbre y sumisión a Dios. No tienen nada que decir contra cualquier cosa que él haga, sino justificar a Dios en todo y condenarse a sí mismos. Y todo

ello los hace pacientes, dispuestos a aceptar de buena gana cualquier cosa que venga de la mano de Dios.

Hay unas excelentes palabras, que vienen bien aquí, de la Iglesia que se encuentra en esa humilde disposición del corazón, y que está en Lamentaciones 3:39: **¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Laméntese el hombre en su pecado.** La Iglesia lo expresa como la más insensible e inconveniente incongruencia, impropia de un hombre, y de tal magnitud que no se podría imaginar una mayor. ¿Cómo? ¿Que el hombre se queje y cavile mucho por el castigo de sus pecados?! ¿Que el hombre *murmure* (cf. RVR 1909), como dice literalmente, contra Dios?! ¿Un pecador contra el santo Dios, su justo juez?! Y es cierto que cavilar demasiado es la base de toda impaciencia; y, por el contrario, un temperamento de ánimo sumiso para con Dios es la base de toda paciencia. ¿Pero por qué indica, además, para convencer a tal persona de su locura, injusticia e iniquidad, que es un **hombre viviente?**; **¿por qué se lamenta el hombre viviente?**; ¿estás vivo?; ¿eres aún un **hombre viviente** en este mundo? Entonces tienes pocos motivos de queja, cualquiera que sea tu sufrimiento. Mientras estás vivo, es que no has sido destruido. Considera que el Infierno y la destrucción son tu porción, y el debido castigo de tus pecados; así que tienes infinitamente menos de lo que mereces y, por tanto, no tienes motivos para quejarte.

La Iglesia, por su propio juicio y comprensión de esto, había dicho antes: **Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos** (Lm 3:22). No dice que nuestros bienes no hayan sido consumidos, ni que nuestras casas no hayan sido quemadas; porque ciertamente esta era la verdadera situación cuando dijo esto. Jerusalén había sido incendiada, sus mujeres habían sido violadas, sus bienes saqueados, sus cuerpos muertos de

hambre, como se puede leer por todas partes en las mismas Lamentaciones. Pero, sin embargo, había un remanente de personas que no habían sido consumidas; y esto —dijo— es *por la misericordia del Señor*, por su tierna *misericordia*, por sus *entrañas*, como dice literalmente. Y al ser esto menos que la destrucción o ser consumidos, es su razón para la protesta del versículo 39 que he mencionado anteriormente. Y también lo es para la gran sumisión expresada en los versículos 22 al 39. Y encontramos exactamente lo mismo, como base de la paciencia, expresado en otro lugar, después que acabó la cautividad: *Tú, Dios nuestro, no nos has castigado de acuerdo con nuestras iniquidades, después de todo lo que nos ha sobreenvenido a causa de nuestras malas obras —dicen—, y a causa de nuestro gran pecado* (Esd 9:13).

¿Se lamentará un *hombre viviente* por el castigo de su *pecado* cuando es infinitamente menor que el que merece? Esta consideración produce paciencia, porque está cargada de razón. Si un hombre merece ser ahorcado, arrastrado y descuartizado, y solamente le hacen una quemadura en la mano, ¿se lamentará este hombre? Que caiga de rodillas ante el tribunal y agradezca al juez, o al príncipe, por no haber recibido el merecido castigo: el patíbulo. Y la consideración de todo esto es la que hace al hombre aceptar el castigo por su iniquidad, como vemos en Levítico 26:41: *Y reconocerán su pecado...*, o sea, si besan la vara. ¿Y qué es lo que hace que el hombre llegue a aceptar el castigo por sus iniquidades? ¡Oh! El castigo por mi iniquidad es infinitamente menor que el que merezco porque —piensa él— mi porción es la condenación. Esta es la primera cosa que produce paciencia: el considerar que merecemos ser destruidos, y esto se debe a la obra de la fe que nos vacía.

En segundo lugar: *La fe hace entender al alma humana el dominio de Dios, y la soberanía de tal dominio sobre la per-*

sona y el alma humanas, para que haga lo que quiera con ambas, y esto puede muy bien sosegar y apaciguar al hombre. En Job 9:12 dice: **He aquí, arrebatará** [destruirá una ciudad, una nación, como en el capítulo 12:23: **Él multiplica las naciones, y él las destruye; esparce las naciones y las vuelve a reunir**], *¿y quién le hará restituir?* [como en el capítulo 9:12]. **¿Quién le dirá: ¿Qué haces?** Como sigue: **Dios no volverá atrás su ira y debajo de él se abaten los que ayudan a los soberbios**, o, como dice en el margen de la Versión Rey Jacobo: **Los fuertes se inclinan ante él**. Él arrebató nuestros bienes, ¿y quién podría impedirselo? El fuego arrasó esta ciudad a pesar de todos los habitantes que estaban afectados y era capaces de haberlo apagado; pero los fuertes se quedaron desvalidos, mirando, llorando, meneando la cabeza y gritando: «¡Ay! ¿Por qué?; ¿quién podrá impedirlo? Todos se inclinaron ante él». Y de nuevo en Job 34:31 leemos: **De seguro conviene que se diga a Dios: He llevado ya castigo, no ofenderé ya más**. En el versículo 33: **¿Ha de ser eso** [el bien o el mal que a él le plazca acarrearle] **según tu parecer?** [en el hebreo: «¿Debería ser *de ti y contigo?*»], o sea, ¿de lo que hay en ti y contigo?; ¿debe, en primer lugar, pedirte consejo a ti, y saber qué piensas? **Él te retribuirá** [o te concederá como le plazca], **ora rehúses, ora aceptes** [o sea, tanto si estás a favor como si estás en contra], **y no yo** [este es el discurso de Eliú, en la persona de Dios y en su nombre]. Es decir: «¿Deberías tú disponer todas estas cosas por mí, y no yo mismo?», dice Dios. Esto puede y debe silenciar a todos y cada uno de los hombres, de la misma manera que lo hizo con Job en aquella ocasión. Porque continúa diciendo: **Di, si no** [si tienes algo que alegar contra esto] **lo que tú sabes**. Como si hubiera dicho: «Esto no se discute, se somete uno a ello completamente».

Pero, hermanos míos, la fe hace entender al corazón un mensaje de una mayor soberanía, es decir, del amor que Dios os tiene, y os dice a todos los que sinceramente profesáis tener parte en Dios que él ya ha mostrado su absoluto dominio sobre vosotros al salvar vuestras almas. Es un dominio absoluto, como muestra Romanos 9, ¿y qué otra cosa significa esta frase: ***Tendré misericordia del que yo tenga misericordia?*** Es una expresión de dominio. Bueno, ¿te ha mostrado Dios su dominio sobradamente al salvar tu alma?; ¿lo ha mostrado en esto, en lo bueno? Entonces, ciertamente puedes dejarle que ejerza su dominio sobre todo lo demás que tienes; puedes estar muy contento de que muestre su dominio sobre tu casa y tus pertenencias. Él podría haber mostrado su dominio destruyendo tus bienes y tu alma también, como hizo con los habitantes de Sodoma cuando quemó su ciudad.

Pero, en tercer lugar: *La fe nos hace entender el amor de Dios*, la participación del alma en Dios, con una comunión y compañerismo con él que puede muy bien contribuir a fortalecer la paciencia en las mayores aflicciones. Esto se ve en David en Sicalag, cuando la ciudad fue incendiada (por tanto, la tomo como ejemplo), y todos sus bienes fueron saqueados, y se llevaron cautivas a sus mujeres. Y David estaba muy angustiado, con el pueblo hablando de apedrearle. Entonces se dice: ***Mas David se fortaleció en Jehová su Dios*** (1 S 30:6). Su participación en él, y el sentir su amor, al ser su Dios, lo animó y lo fortaleció contra todo. De la misma manera, en medio de una hambruna extrema, cuando no había ni pan, ni aceite, ni vino ni nada que comer, esto obró algo parecido: ***Aunque la higuera no florezca [...] y no haya vacas en los corrales*** [todas estas carencias aquí enumeradas son necesarias como medios de subsistencia, y

lo que temes, ante la pérdida de bienes, es la falta de comida y vestido para ti y los tuyos, y la pérdida de vuestro mantenimiento], **con todo** —dice Habacuc—, **yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación** (Hab 3:17-18). Pero todavía tiene el hombre todo en Dios. Y la fe hace entender todo en Dios, o eleva el corazón a Dios para buscar consuelo en él en circunstancias tan extremas.

Hay que distinguir aquí dos cosas. En primer lugar, dice que se alegrará en el Señor, o sea, en lo que el Señor es en sí: un Dios **bendito por los siglos. Amén** (Ro 9:5). «Y si Dios es feliz y bendito eternamente, yo no me puedo sentir desdichada —se dice el alma que puede regocijarse por esto—, porque, suceda lo que suceda, Dios disfruta de una perfecta bienaventuranza; y yo me alegro en que, mientras Dios continúe siendo Dios, y estas percepciones y esta disposición de mi corazón sigan en mí, tengo suficiente. En segundo lugar, que él es mi Dios, el Dios de mi salvación; así también Habacuc: **Y me gozaré en el Dios de mi salvación**. Así que, sin duda, mientras él sea feliz, yo seré feliz en verdad: **Mi porción es Jehová, dijo mi alma** (Lm 3: 24), en medio de esas aflicciones. ¡El Señor nos ayude a tener fe!

Hermanos míos, el amor de Dios, experimentado por la fe, ayudará al hombre a soportar cualesquiera circunstancias. Conocéis Romanos 8; Pablo se había regocijado en el amor de Dios: **Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?** (v. 31). Y en el versículo 35: **¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?** Observad su conclusión expresada inmediatamente después, en el versículo 37: **Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó**. Esas palabras (**Antes, en todas estas cosas**, etc.) son una manera triunfal de menospreciar

todo lo que había considerado, que era, en cualquier caso, tremendo, o que podría juzgarse contrario a nuestro bienestar en este mundo, como acaba de considerar; y, sin embargo, habla, en ese sentido, como si la fe en el amor de Dios y de Cristo desdeñara a unos adversarios tan inferiores, débiles y pobres, como si no fueran suficientes, o no tuvieran suficiente poder como para probar su fuerza. Es como si hubiera dicho: «¿Es esto todo lo que viene en contra de nosotros, y amenaza con hacernos daño?; ¿pero es esto todo en verdad? Entonces —dice—, si esto es todo, estamos completamente a salvo. **Somos más que vencedores** en todas estas cosas». ¿Pero cómo ocurre esto? Se añade: **Por medio de aquel que nos amó**. Y no es solo porque él, al amarnos, una sus fuerzas a las nuestras para sostenernos, sino que, también objetivamente, significa que el amor de Dios y de Cristo, al entrar en nuestros corazones, la percepción de esto es suficiente; y a ello se refiere cuando dice: **Por medio de aquel que nos amó**. Está hablando objetivamente del amor de Cristo, como objeto de nuestra fe, no como ayudante de esta. **Somos más que vencedores por** el amor que hemos recibido y que **ha sido derramado en nuestros corazones** (Ro 5:5); porque este amor entra en nosotros y nos sostiene en todo y nos ayuda a vencerlo todo. Como la fe lo tiene todo en Dios para regocijarse, y así ayuda al alma a tener paciencia; de la misma manera tiene especialmente el amor de esta en toda clase de aflicciones.

En cuarto lugar: *La fe nos dice que todo acabará bien en el otro mundo*. Sí, y también en este mundo en las cosas que a aquel se refieren (cf. Lc 21:18-19). En este capítulo había hablado primero de las grandes aflicciones que sobrevendrían —como se ve si se leen los versículos anteriores—, y también de las que sucederían al pueblo de Dios, a ellos per-

sonalmente y a la nación judía en su devastación final. Y, además de las calamidades comunes que acontecieron al pueblo de Dios con el resto de la nación, les dice especialmente en el versículo 12: ***Os echarán mano y os perseguirán y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles*** y matarán a algunos de vosotros [está en los tres evangelistas]; y en el versículo 16: ***Más seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre.*** «Pero —les dice— animaos con lo que ciertamente sucederá al fin». ***Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá (v. 18).*** ¿Cómo?; ¿ni un cabello de vuestra cabeza perecerá? ¡Qué cosa tan extraña es esta, cuando antes acababa de decir que los perseguirían y los matarían! ¿Cómo dice después: ***Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá?*** ¡Vaya!, porque el final va a ser tal que cada cabello será reparado. El alma dirá: «No he perdido ni un solo cabello». De ningún modo; además, aquellos de vosotros a los que no puedan matar tendréis el ciento por uno en bendiciones espirituales, y eso en este mundo, así como en el otro. Y la fe, a la vista de estas cosas, conforta al alma. Observa que lo que sigue viene bien al objetivo que tenemos entre manos, por lo cual cito el versículo 19, el que sigue inmediatamente: ***Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas***, cuyo lógico significado es: «Bien podéis ganar vuestras almas con la paciencia, porque os he dicho que el final será absolutamente bendito y glorioso».

En quinto lugar: *La fe trae el Cielo como recompensa por el paciente sufrimiento*; así, en el capítulo 1:12 de nuestro apóstol: ***Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.*** Y esta es la conclusión del presente discurso sobre el paciente sufri-

miento: ***Cuando haya resistido la prueba***, es decir, cuando sus pruebas hayan pasado y acabado, y la fe haya producido paciencia a lo largo del proceso. Es la paciencia perseverante, o el sufrimiento, lo que recibe esta corona. Otras virtudes participan en la lucha, pero son la fe y la paciencia las que reciben la corona⁶. Y, además, en proporción, considera que según hayan sido las pruebas y tentaciones de alguien, y haya tenido la correspondiente paciencia, así será la magnitud de su recompensa, que le será medida como corresponde. Y la fe, al intuir tal gloria, alienta la paciencia (cf. Ro cap. 5). La fe, habiéndonos hecho gloriar ***en la esperanza de la gloria de Dios*** (v. 2), nos hace también gloriarnos ***en las tribulaciones*** (v. 3), con la fuerza de nuestra esperanza en aquella gloria. Esta esperanza se dice más adelante que es aumentada en nosotros por medio de la ***tribulación que produce paciencia*** (v. 4). Y así, ***la paciencia produce prueba*** (v. 5), o sea, muchas nuevas experiencias de nuestras propias virtudes y del proceder de Dios en tales pruebas; y estas experiencias producen la esperanza o la seguridad de la gloria (cf. 1 Jn 3:2) hasta tal grado de firmeza que no nos avergüenza no solo con respecto a la frustración de tal gloria en la muerte, sino tampoco en la esperanza personal de ella en el propio corazón —pues con respecto a tal esperanza suya se dice esto—, porque por encima de todo y además de las susodichas experiencias, ***el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones*** de forma inmediata ***por el propio Espíritu Santo, que nos fue dado***, y dicho derramamiento, etc., del amor de Dios no es otra cosa que la prenda y el anticipo de dicha gloria.

Y esto nos es dado como recompensa por nuestra paciencia y nuestras tribulaciones, que no son sino la pérdida de co-

⁶ *Omnes virtutes certant, sola patientia vincit et coronatur.*

sas terrenales a cambio de las cuales recibimos esta esperanza y principio de la gloria. Si todo el bronce y el estaño que había en tu casa se hubieran fundido con este fuego y de esta manera se hubieran convertido en oro, y las piedras que pavimentan tus patios, o los ladrillos y la cal con que se edificaron tus paredes, se hubieran convertido en piedras preciosas; y tus ventanas de cristal se disolvieran y transformarían en diamantes, tendrías pocos motivos de queja por las pérdidas. Ahora lee Isaías 54:11-12: ***Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunco, y sobre zafiros te fundaré. Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunco, y toda tu muralla de piedras preciosas.*** Y si tú has tenido algún aumento de gracia por medio de estas pérdidas, entonces mucho de lo que dice Isaías se ha cumplido espiritual y verdaderamente en ti. Y estas reparaciones suceden en esta vida. Pero, además, tienes ***un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos*** (2 Co 5:1), que está preparada para ti. Aquellos creyentes hebreos pudieron muy bien sufrir ***el despojo de sus bienes [...] con gozo***, porque al mismo tiempo encontraron, selladas y puestas en sus corazones, letras de cambio para recibirlo todo otra vez en forma de eternos tesoros en el cielo. Pero esta era precisamente su situación: ***El despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos*** (He 10:34). Y esta feliz porción llegará a ser tuya si ejercitas la fe y la paciencia en tus pérdidas. Hebreos 10 dice a continuación: ***No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.***

Y hasta aquí, en cuanto a la fe que produce paciencia.

II. Nuestro amor a Dios produce paciencia

El amor a Dios en nosotros produce paciencia, o fe por amor, como mostré en el versículo 12. El amor a Dios nos hace adherirnos a él y, consecuentemente, seguirle en todas las circunstancias y sufrimientos. Aquel gran converso, en quien fueron tan abundantes la fe y el amor en el momento de su conversión —como vemos en 1 Timoteo 1:4—, su corazón, por su amor al nombre de Cristo, lo llevó a decir en el culmen de su pasión: *¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no solo a ser atado, más aún a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús* (Hch 21:13). El amor a aquel nombre lo inflamaba; sí, su amor había llegado a un grado tal de intensidad que pudo haber deseado él *mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a sus hermanos* (Ro 9:3). Me pregunto qué habría hecho con la paciencia bajo tal maldición, si hubiera estado en el Infierno. Pero aquel amor que deseaba tal anatema lo habría conseguido. Así lo creía él, o nunca hubiera deseado tal cosa. Por el mismo motivo de amor a este nombre, aquellos dos apóstoles estuvieron *gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre* (Hch 5:41). El amor hace que la glorificación de Dios y de Cristo, y de la voluntad de Dios, que es siempre para su gloria, nos sea más estimada que ninguna otra cosa. Sí, que Dios haga su voluntad para su propia gloria —*si la voluntad de Dios así lo quiere*, dice el apóstol (1 P 3:17)— en nuestros sufrimientos, tranquiliza grandemente nuestros corazones. Ciertamente puedo ser castigado con aflicciones por mis pecados y me humillo por eso. Pero, por encima de eso, Dios se complace en que sea así; y yo me regocijo en ello sinceramente —dice el amor—, en que se haga su voluntad tanto

si se cumple en mí como si la cumpla yo. Y **la palabra del SEÑOR** [...] **es buena** en ambos casos (2 R 20:19 LBLA), ¡y santificado sea su nombre!

En Romanos 8, donde, como visteis, **en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó**, es donde únicamente se menciona el amor de Dios por nosotros de manera clara y expresa; pero, al mismo tiempo, nuestro amor hacia él se insinúa tácitamente como causa concomitante juntamente con aquel. Debéis comprender esto también. Porque la intención de estas precisas palabras es que el alma, comprendiendo su amor, quien es el amante —*tou agapesantos*—, como implica esta palabra, por el recíproco amor a él nos anime en los conflictos con miras a la conquista. Y, sin embargo, hay una pequeña palabra introducida aquí que argumenta esto más aún; se encuentra en el versículo 36: **Por causa de ti somos muertos todo el tiempo** [nuestras vidas están en peligro a cada momento], **somos contados como ovejas de matadero**. Y este **por causa de ti** lo tenemos en el Salmo 44, de donde toma la cita. **Como está escrito** —dice—, **por causa de ti**.... Ahora bien, por tanto, es evidente que el amor que hay en nosotros hacia él, y nuestra consecuente fidelidad a él, se nos presenta como lo que nos hace dispuestos sufrir y soportar, porque es por causa de él. Y aunque el apóstol en su discurso se refiere al gran amor de Dios y al amor de Cristo hacia nosotros como el que, comprendido y asimilado por nosotros, produce principalmente este efecto, el salmista, por otra parte, señala el amor de la Iglesia hacia Dios como causa concomitante: **Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de ti, y no hemos faltado a tu pacto** (v. 17). Y en los versículos 18 al 22: **No se ha vuelto atrás nuestro corazón, Ni se han apartado de tus caminos nuestros pasos, Para que nos que-**

brantases en el lugar de chacales, Y nos cubrieses con sombra de muerte. Si nos hubiésemos olvidado del nombre de nuestro Dios, O alzado nuestras manos a dios ajeno, ¿No demandaría Dios esto? Porque él conoce los secretos del corazón. Pero por causa de ti nos matan cada día; Somos contados como ovejas para el matadero. Si la fe y el amor dicen: «Es por tu causa, ¡oh Dios!», la paciencia dice: «Por eso puedo soportarlo y, de hecho, regocijarme en ello, por causa de aquel que me amó». Y mirad, de la misma manera que el apóstol dice que todo lo podía ***en Cristo que*** lo fortalecía (Fil 4:13), así, el amor puede hacerlo todo por Cristo que lo amó y se dio a sí mismo por él.

Y para concluir:

Si el amor a nuestros hermanos, que nace del amor a Dios, nos produce una paciencia tan grande para con ellos, como dice la Escritura: ***El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia [...] no se goza de la injusticia [...] Todo lo sufre [...] todo lo espera, todo lo soporta*** (1 Co 13:4,6-7); todo lo cual se dice, en estas palabras, de nuestro amor al hombre, aunque era de nuestro amor a Dios de lo que se nos hablaba y al que se nos urgía en las palabras precedentes, y es la fuente de este nuestro amor al hombre. Ahora bien, repito, si el amor al hombre obra tanta paciencia en cosas que quizá no solo nos resultan molestas, sino también ofensivas —y en cierto modo todos aquellos elogios del amor se refieren a la paciencia y hablan de ella; siendo tal paciencia el fruto apropiado de tal amor; ¿qué otra cosa significa el ser sufrido, benigno, el sufrirlo y soportarlo todo y lo demás?—, entonces mucho más nos capacitará el amor de Dios, que es la causa de este amor a nuestros hermanos, para hacer lo mismo con él, que no nos puede hacer injusticia ni daño, sino que es santo y justo en todas sus obras, y cuyos

caminos y actuaciones con nosotros son misericordia y verdad, y por cuya causa soportamos a nuestros hermanos, y que nos ha amado y ha dado a su Hijo por nosotros.

Fueron estas las palabras de un alma santa, en medio de una dura prueba que provenía del hombre: «Que el hombre me tratase así sería difícil de soportar [como dijo David: *cf.* Sal 55:12], pero es Dios, y puedo sobrellevar bien lo que venga de su mano».

Y hasta aquí el segundo apartado general.

SECCIÓN III

TERCER APARTADO GENERAL:

CUÁL ES LA OBRA COMPLETA DE LA PACIENCIA

En general, una cosa está completa cuando todas las partes que la componen están terminadas. Como la creación del mundo, que se dice que estaba acabada cuando *fuieron, pues, acabados los cielos y la tierra y todo el ejército de ellos* (Gn 2:1-2). Así que, cuando la totalidad de la obra de la paciencia se ha realizado en sus diversas partes, etc., se puede decir que la *paciencia* tiene *su obra completa* (v. 4). Hay cuatro aspectos que considerar en este apartado:

1. Su obra privativa.
2. Sus actos positivos.
3. Sus frutos positivos.
4. Sus apéndices para estar completa.

Todos ellos intervienen para hacer completa la obra de la paciencia. Y las pruebas de esto confirmarán cada tilde de la primera parte y del conjunto de aquella descripción que hice de la paciencia.

Primer aspecto del tercer apartado general: Su obra privativa

Comienzo por su obra privativa, que reside en esto: en que la fe, por medio de la paciencia, mortifica las pasiones turbulentas que surgen aún y se oponen a ella. Y de la misma

manera que el **amor**, cuando es **perfecto**, **echa fuera el temor** (1 Jn 4:18), la paciencia es completa cuando expulsa todas esas pasiones contrarias; y también asimismo los pensamientos demasiado vehementes o fijación en nuestros sufrimientos y cruces, de modo que nuestras mentes estén encadenadas y atadas a tales objetos, y ajenas a todo lo demás. Aludo a los pensamientos, porque Cristo dice: **¿Por qué estáis turbados y vienen a vuestro corazón estos pensamientos?** (Lc 24:38). Porque cuando las preocupaciones son profundas, hacen surgir pensamientos rápidamente; como cuando se cuelgan las pesas en un reloj o en una polea hacen que los engranajes se muevan rápidamente. Y así, las afecciones desordenadas causan pensamientos desordenados y fijan nuestra mente en una sola cosa, como lo que hemos perdido, o es probable que vayamos a sufrir. Ahora bien, la paciencia completa corrige todas estas extravagancias, lleva al hombre a ganar su propia alma, como dice Cristo en Lucas 21:19: **Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas**, y de este modo a vivir una vida interior; mientras que la violencia de las otras afecciones nos saca de nosotros mismos, lanza nuestras almas al exterior, de modo que ya no tenemos vida interior propia.

Pongamos el ejemplo de algunas pasiones en particular:

1. *Dolor desordenado*. Ya sabéis cómo nuestro apóstol alaba la paciencia de Job. Porque cuando sufrió la pérdida tanto de sus hijos como de su hacienda, etc., no expresó dolor ni aflicción, por lo que leemos, al oír las noticias de todo ello; y seguramente la historia nos lo habría contado si lo hubiera hecho en tales ocasiones, porque lo hace más adelante con otras impaciencias suyas que se refieren a presiones más grandes y de otro tipo. Pero lo único que leemos de él con motivo de estas pérdidas externas en el capítulo 1 es nada

más que paciencia y sumisión a Dios: ***Jehová dio*** —dice—, ***y Jehová quitó***; es el Señor quien ha hecho ambas cosas; por tanto: ***Sea el nombre de Jehová bendito*** (v. 21). Y el último versículo dice que ***en todo esto no pecó Job, ni atribuyo a Dios despropósito alguno*** (v. 22).

2. *Envidia y cólera.* La *envidia*, que tiende a aparecer cuando los demás no sufren tales aflicciones o pérdidas. Como cuando dice el corazón con tristeza: «Ese y aquel, que son como yo, escapan con sus bienes, etc., mientras que yo tengo grandes pérdidas». Así se lamenta en secreto. Las buenas personas son propensas a esto. ***El espíritu que mora en nosotros*** [en nosotros los santos] ***codicia para envidia*** (cap. 4:5 RVR 1909). Pero Dios al final ***da mayor gracia***; esto es, cuando somos ***humildes*** (como se dice ahí: v. 6) y estamos quebrantados, que es cuando hemos sido ejercitados en grandes sufrimientos. La condición diferente de los santos apóstoles y de algunos otros cristianos en aquellos tiempos primitivos viene bien al caso para demostrar tal paciencia. Aparte de nuestro Señor Jesucristo, no ha habido nadie tan destacado en sufrimientos y paciencia como los apóstoles, quienes, viendo a otros cristianos (como los corintios, por ejemplo: 1 Co 4:8-9) que estaban saciados, etc., decían: ***Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros reináis.*** Corinto era una ciudad muy rica y los cristianos que allí vivían tenían abundancia de bienes materiales cuando el apóstol escribió esto; estaban ***saciados*** y eran ***ricos***. Pero en lo que a nosotros se refiere, dice: ***Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte***, etc. Vosotros sois ***honorables, mas nosotros despreciados*** [...] ***padeceamos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y ben-***

decimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos. Y, sin embargo, no los envidiaban en absoluto en su prosperidad. No, se la deseaban sinceramente: ***Ojalá reinaseis*** (v. 8), o sea, con respecto a lo auténtico y espiritual les desea toda clase de bienes, en el disfrute interior de Dios y de Cristo juntamente con sus riquezas materiales, etc. Ahora bien, ¿qué era lo que había desarraigado la envidia en él y en los otros compañeros apóstoles? Eran sus sufrimientos y carencias y el haber ***llegado a ser un espectáculo [...] tanto para los ángeles como para los hombres***, como se dice ahí (v. 9). Eso es lo que había forjado sus espíritus de esta manera.

En el Antiguo Testamento, Josué, aunque demostró ser un hombre de espíritu selecto, cuando era joven en años y principiante en la gracia, sintió celos por su buen jefe Moisés: ***Eldad y Medad profetizan***. Pero dice Números 11:29 que Moisés le respondió: ***¿Tienes tú celos por mí?***, y así lo reprendió, expresando luego los sentimientos de su propio corazón: ***Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos***. Ahora bien, ¿de dónde surgió esta bendita disposición de su corazón, que lo libraba así de la envidia? En el capítulo siguiente nos encontramos con otro ejemplo que nos da la verdadera razón de que no envidiase a otros y de que soportase la envidia de otros hacia él, envidia exacerbada con la máxima provocación para despertar *su cólera* (la segunda parte de este apartado), ya que era tan cruel como irrazonable. Era la envidia de sus propios y únicos hermano y hermana por esto: porque Dios lo había escogido para manifestar sus pensamientos a su pueblo y para revelarse como nunca lo había hecho a nadie, como lo prueba el testimonio de Dios en el

capítulo 12. Por lo cual habían dicho: *¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?* (v. 2). A lo que sigue la razón, o la humilde disposición de espíritu, que lo llevaba a soportar esto y lo anterior: *Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra* (v. 3). Y así, al ser un hombre bueno, él hubiera perdonado esto y no hubiera tenido en cuenta la afrenta, si no hubiera sido porque Dios, como dice ahí, lo oyó, indicando que no lo toleraría por consideración a Moisés. Ahora bien, ¿qué es lo que había modelado así a Moisés y lo había hecho tan manso, tranquilo y paciente? Sus grandes padecimientos, sin duda. Y su fe, al haber sido así ejercitada, había producido paciencia en él: *Por la fe escogió antes ser maltratado*, etc. (He 11:24-25); y así vivió cuarenta años como un humilde pastor, una vida de siervo, un exiliado, proscrito de la corte de Faraón, de sus honores y placeres, un subalterno, que sufrió penalidades y padecimientos. Y fue una prueba repentina, porque tuvo que huir apresuradamente sin previo aviso para salvar su vida; pero también fue una prueba dolorosa y larga, que duró cuarenta años. Y estos sufrimientos, tan grandes como los de cualquiera en aquella época, lo hicieron manso, *muy manso*, palabra que las *Anotaciones holandesas*⁷ traducen como *paciente*. La palabra hebrea tiene afinidad con aflicciones —dice Ainsworth⁸—, las cuales le habían enseñado paciencia, como lo hicieron los sufrimientos con Cristo, de quien

⁷ *Anotaciones holandesas a toda la Biblia* se editó a instancias del Sínodo de Dort y se tradujo posteriormente al inglés por Theodore Haak. (N. del E.).

⁸ Henry Ainsworth (1571–1622) fue un clérigo y erudito inglés no conformista. Entre sus obras destacan sus comentarios sobre el Pentateuco. (N. del E.).

Moisés era tipo (cf. He 5:8). Habían dominado su enojo y su envidia hasta el máximo grado, y la paciencia había tenido **su obra completa** (v. 4). Porque, por otra parte, lo podemos ver airado en ocasiones: Éxodo 11:8; 16:20; 20:22; Levítico 10:16; Números 16:15; 31:14; 20:10-11, según la recopilación de Ainsworth⁹.

Jesucristo nos ha enseñado una lección contra esta envidia: **¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?** (Mt 20:15). ¿No son más todas las cosas?; ¿tienes envidia porque te las haya quitado a ti y no haya hecho lo mismo con otro?; **¿o tienes tú envidia, porque yo soy bueno?**; ¿se pondrá un hombre enfermo porque otro esté sano?

3. *Temores desordenados*. Cuando nos sobrevienen demasiadas aflicciones, solemos sentir demasiado temor en el presente y somos propensos a proyectar mil cosas sobre el futuro, como la pobreza y la mendicidad que nos esperan. Muchos de estos temores se apoderan de nosotros porque vemos que la ira de Dios ha comenzado y no conocemos lo peor ni cuándo terminará. Pero Cristo nos dice: **No temas en nada lo que vas a padecer. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida** (Ap 2:10). La fe y la fidelidad a Dios, o la constancia en sufrir hasta la muerte, las contrasta aquí con el temor; y la fe produce paciencia, y la paciencia echa fuera el temor. La fortaleza y el valor se diferencian de la paciencia en esto: que el valor intrépido de un hombre de gran ánimo superará ciertamente el temor si ve la más mínima posibilidad de escape, y así despierta el ánimo del hombre para su resistencia y defensa. Pero la paciencia, aunque no vea ninguna esperanza en cuanto a esta vida, más aún, ninguna sino solo la muerte presente ante sí fortalecerá, sin

⁹ Véase la nota 8.

embargo, el corazón para soportarlo y hará a un hombre fiel hasta la muerte, y constante, sin que prevalezcan los temores, aun hasta la muerte.

4. *La murmuración contra Dios.* La paciencia echa fuera esto. Como cuando el diablo planeó que Job blasfemaría: ***Verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia*** (Job 1:11). Lo dijo con seguridad y quiso convertirse en profeta y profetizar lo que haría Job, y eso delante de Dios. Pero el diablo se engañó y demostró ser un falso profeta. Job, en lugar de blasfemar contra Dios, bendijo a Dios: ***En todo esto no atribuyó Job a Dios despropósito alguno*** (Job 1:22). Puedo decirlo, como se dice de los santos dos veces en el Apocalipsis: ***Aquí está la paciencia [...] de Job*** (Ap 13:10; 14:12). Y fue esta paciente disposición espiritual que Dios había obrado en él, y que la Escritura ensalza, la que lo capacitó para esto.

5. *La fe, mediante la paciencia, mortifica las preocupaciones excesivas.* En Lucas 21, Cristo hace, entre otras varias, dos exhortaciones especiales para los tiempos de grandes tribulaciones que iban a sobrevenir a la nación judía y a los judíos cristianos en aquella nación antes de la destrucción de Jerusalén, que pondría a prueba todas las fibras de su corazón. La primera: ***Con vuestra paciencia*** [o sea, la paciencia que es auténticamente cristiana y propiamente vuestra] ***ganaréis vuestras almas*** (v. 19). La segunda: ***Mirad también por vosotros mismos que vuestros corazones no se carguen de los afanes de esta vida*** (*merimnai*) (v. 34). Las preocupaciones, como la propia palabra denota, distraen el alma, la dispersan entre pensamientos incontrolados y ansiedades desatinadas. Pero la paciencia, a la que Cristo exhorta en primer lugar, hace volver en sí, ordena que todo se mantenga en el interior, que no se agite por lo exterior, lo sosiega

todo, de manera que el hombre gane su propia alma. En Filipenses 4:6-7, tenemos: ***Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios,*** etc. Pongo igualmente por ejemplo de esto la diferencia de las dos tierras en la parábola del sembrador (Lc 8:14-15). De la tierra con espinos se dice que la palabra fue ahogada ***por los afanes de la vida***; pero, por el contrario, la que cayó en buena tierra ***da fruto con perseverancia***. La paciencia es lo contrario de las preocupaciones, así como de las inquietudes, o de otras afecciones desordenadas.

Y hasta aquí lo referente a la paciencia: su obra privativa.

Segundo aspecto del tercer apartado general: Sus actos positivos

Llegamos, en segundo lugar, a los actos positivos y las obras de la paciencia, que son numerosos. Empezaremos por los más básicos para ascender hacia los más elevados.

1. La paciencia incluye y abarca *un acto de esperar en Dios* y en su complacencia. Esperar es un acto de fe continuo o prolongado, y donde la fe por sí sola tendría poco fuelle, la paciencia la alarga. La hija ayuda a la madre, con la esperanza de un final feliz. Encontramos la espera implicada con la paciencia como un acto eminente de esta: ***Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía*** (cap. 5:7). Observad cómo y de qué manera espera el labrador; así, muestra y exhorta al cristiano paciente lo que debe hacer. Miqueas 7:7 dice: ***Más yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación; el Dios***

mío me oirá, etc., hasta que juzgue mi causa y haga mi justicia, etc. (v. 9).

2. Es *una espera con calma*, y eso es también obra de la paciencia. La paciencia no consiste simplemente en sufrir por obligación, lo que llamamos paciencia a la fuerza, sino con calma. En Lamentaciones 3, la Iglesia, en su lastimosa condición, expresa las actuaciones y obras de su propia alma; aunque habla en tercera persona, cosa frecuente en la Escritura, se refiere a sí misma: ***Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová (v. 26)***. Esto lo dijo cuando estaba bajo el yugo y, por tanto, es fruto de la paciencia: ***Bueno es al hombre llevar el yugo desde su juventud (v. 27)***. En la naturaleza de la fe está el calmar el corazón en Dios: *Fides habet vim quietativam*. En Isaías 26:3 leemos: ***Tú guardarás en perfecta paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado***. Y en el capítulo 30:15: ***En quietud y en confianza será vuestra fortaleza***. Y cuando la fe ha producido la paciencia, calma mucho más el corazón. La paciencia habla de calma por sí misma; y la razón es que la fortaleza la acompaña: ***Fortalecidos con todo poder, para toda paciencia y longanimidad (Col 1:11)***. Y, por tanto, mientras la fe y la paciencia fortalecen el corazón, podemos sobre llevarlo todo, y además con calma. ***No se turbe vuestro corazón*** [dice Jesús en Juan 14:1. ¿Por qué?]: ***Creéis en Dios, creed también en mí***. La fe en ellos hace que los problemas desaparezcan, que es en gran parte el significado de las palabras de Cristo: ***Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas (Lc 21:19)***. Es decir, viviréis tranquilamente en vuestros propios espíritus, como lo hace un hombre en su casa, que, en nuestra terminología legal, es su castillo.

3. La paciencia *mantiene al corazón sin desmayo ni desánimo. Por esta causa no desmayamos* (2 Co 4:1,16; Gá 6:9). En Isaías 42:4 la mansedumbre y la paciencia de Cristo se describen por primera vez. En el versículo 2: **No gritará, ni alzaré su voz en las calles.** Y sigue, en el versículo 4: **No se cansará, ni desmayará (no será quebrantado,** en hebreo), es decir, en espíritu, en cuanto a abandonar lo que Dios le ha encomendado hacer o sufrir. Continuará con su obra hasta que la haya completado.

4. La paciencia en toda clase de sufrimientos *se somete a Dios, y a la voluntad de Dios.* El apóstol diligentemente intercala: **Si la voluntad de Dios así lo quiere,** cuando tiene ocasión de mencionar los padecimientos, y lo hace dos veces: en 1 Pedro 3:17: **Que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere;** y en el capítulo 4:19: **De modo que los que padecen según la voluntad de Dios,** etc. Y en el capítulo 1:6: **Si es necesario.** O sea, si Dios ve que es preciso acarrearlos. Y el apóstol necesita introducir estas cláusulas, aunque sea a modo de paréntesis, como se ve en dos de los lugares mencionados. Cuanto más fuertes son los sufrimientos, más fuerte es la voluntad de Dios para acarrearlos. Y es la paciencia del alma la que obra en el corazón para que se someta a dicha voluntad: **Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste** (Sal 39:9). Luego, cuando confesó su pecado con Betsabé y el asesinato de Urías, no consideró tanto el daño que les había hecho como el que había hecho contra Dios: **Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos** (Sal 51). Y cuando le sobrevino la venganza de aquel pecado con la rebelión de su propio hijo Absalón y Simei lo maldijo y lo vituperó agriamente (ocasión que algunos expositores mo-

dernos consideran que fue la causa de dicho salmo¹⁰), David, de la misma manera, en este su castigo, deja de lado toda consideración sobre los instrumentos que le habían causado aquellos males, cualesquiera que fuesen, estos u otros, y mira solamente a Dios y se somete: **Porque tú lo hiciste**. Y aunque confiesa que se enfureció al principio, a pesar de su firme resolución de enmudecer en cuanto a decir algo que sonara a murmuración delante de los hombres; sin embargo, su carne y su corrupción hervían dentro de él, como nos suele suceder a nosotros al principio. En los versículos 2 y 3: **Enmudecí con silencio, me callé aún respecto de lo bueno; y se agravó mi dolor** [o mi irritación aumentó]. **Se enardeció mi corazón dentro de mí; en mi meditación se encendió fuego y así proferí con mi lengua**. Y lo que dijo suena a hombre cansado de la vida misma. Porque necesitaba conocer a Dios cuando se acercase el fin de su vida; así en el versículo 4: tan impaciente estaba. Sí, pero cuando su gracia se despertó más profunda y completamente, y la paciencia tiene su obra completa, es cuando considera solo la mano de Dios; cómo este había despertado el espíritu de los malvados contra él y halló que tenía que ver con Dios solamente. Entonces enmudeció y calló deliberadamente. Y ciertamente su corazón en aquel momento, si se refiere a cuando Simei y Absalón, había sido llevado a una disposición de sumisión a Dios como nunca en toda su vida, antes o después, como lo

¹⁰ Véase Piscator y las *Anotaciones holandesas*. Y por qué lo consideran así está en el paralelismo entre este pasaje y el Salmo 39:8: **No me pongas por escarnio del insensato**; y muy especialmente el 9: **Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste**. Y en 2 Samuel, cuando Simei lo maldijo, David dijo de manera parecida: **Jehová le ha dicho que maldiga a David, ¿quién pues le dirá: por qué lo haces así? Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho**. Lo mismo que aquí: **Tú lo hiciste**.

prueban sus palabras en el capítulo mencionado anteriormente: *Y David dijo: Si yo hallare gracia ante los ojos de Jehová, él hará que vuelva [a saber, el arca] y me dejará verla y a su tabernáculo. Y si dijere: No me complazco en ti; aquí estoy, haga de mí lo que bien le pareciere* (2 S 15:25-26). Aquí se entrega completamente a la benevolencia de Dios. Es como si dijera: «Si está bien a sus ojos proceder así, también lo estará a los míos; me entrego completamente a sus designios, cualesquiera que sean». Sí, se entrega a la suposición de que Dios no se complace en él, que es, entre todas las posibles, la más penosa suposición que un hombre piadoso puede hacerse. Acababa de profesar que esperaba en Dios en aquel salmo: *Ahora, Señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza está en ti*. Y ahora añade: *Enmudezco*, en el presente; y: *Enmudeceré*, en el futuro: nunca abriré mi boca sobre esto. (Piscator y las *Anotaciones holandesas* lo traducen así, en ambos tiempos).

5. La paciencia no solo hace que el hombre enmudezca, o que no abra la boca por sumisión, sino que le hace poner *su boca en el polvo* (Lm 3:29); con lo cual expresa una humillación y sumisión todavía más profundas. Es una humillación mayor estar a los pies de Dios con el rostro en el polvo, que es el lugar más bajo al que una persona puede llegar; de modo que, si Dios quiere pisarla o pisotearla, ahí está. En esta postura se presenta y se declara preparada para ello, o para cualquier dispensación de Dios. Lamentaciones 3: la Iglesia no solo espera (*cf. v. 25*), y espera *en silencio* (*v. 26*), sino que después *se sienta y calla* (*v. 28*), y además pone *su boca en el polvo* (*v. 29*).

Pero se dirá que todo esto fue cuando el alma tenía esperanza, como aparece en Lamentaciones 3:26: *Bueno es esperar en silencio*; y en el versículo 29: *Ponga su boca en el*

polvo, por si aún hay esperanza. Y, ciertamente, David en el Salmo 39 y también en los lugares citados de Samuel tenía esperanza en lo concerniente a aquel asunto en particular y, sin embargo, se sometió al Señor, como vemos en el versículo 7 de aquel salmo: ***Y ahora, Señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza está en ti;*** y luego menciona la liberación que espera en los versículos 8 al 10. Y así, cuando Simei lo maldijo, su alma, de manera similar, recobró tanto más la esperanza de que Dios lo bendeciría: ***Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy*** (2 S 16:12). Pero, sin embargo, debo confesar que su esperanza ahí, y la de la Iglesia anteriormente, se elevaron, pero solo hasta un «quizá».

6. Pero la paciencia del evangelio, en sexto lugar, tendrá efecto cuando no haya esperanza *en cuanto a los asuntos y ansiedades de esta vida*. David y la Iglesia decían: ***Por si aún hay esperanza*** (Lm 3:29); pero la paciencia dirá: «Si no hay esperanza [esto es, en esta vida], de que me libre de esta aflicción». Anteriormente diferencié la paciencia de la fortaleza cristiana por esto. Los apóstoles remitieron a los primeros cristianos al día de la restitución de todas las cosas, y lo reconfortante que sería. Así, en los versículos 7 y 8 de Santiago 5: ***Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca.*** Como si hubiera dicho: «En cuanto a vuestras dificultades, no puedo daros esperanza de libraros de ellas durante esta vida; pero dejad que vuestros corazones no tengan en cuenta otro consuelo que el que llegará con la venida de Cristo, que será espiritual, en gloria». Y la

semejanza con la espera de la cosecha por el labrador así lo declara: ***Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra***, etc. (v. 7). Pobre hombre, no recoge el precioso fruto de la tierra hasta la cosecha. Se desprende de la preciosa semilla que, para él, está como perdida hasta el momento de la cosecha. El salmista establece la misma comparación: ***Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla*** [como detestando desprenderse de ella], ***más volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas*** (Sal 126:6). Hermanos, hay una cosecha venidera, y ***la alegría [...] está sembrada [...]*** ***para los rectos de corazón*** (Sal 97:11), para aquel día. Ahora solo está sembrada, pero un día tiene que brotar. Pero, aunque el labrador, en apariencia, lo ve todo como perdido hasta la cosecha, tiene antes, en el intervalo, la lluvia temprana y la tardía, que le dan la esperanza de una cosecha, mientras ve y halla que Dios bendice y cuida del grano con la lluvia que cae sobre el terreno. Esto es lo que se refiere a la esperanza de labrador, que es el símil del apóstol.

Y en lo que se refiere a la esperanza del cristiano, siguiendo con el símil, entiendo que la lluvia temprana y la tardía significan las iluminaciones que vienen del Cielo, las refrescantes escarchas que el Espíritu Santo concede todo el tiempo al alma expectante, como primicias del Cielo y prendas de la firme intención de Dios de darle la esperada cosecha, que será proporcional a la paciencia y la espera. Pero todas estas esperanzas se refieren exclusivamente a esa otra vida; en lo que concierne a esta, el apóstol no les da otras esperanzas. Ni tampoco hace otra cosa el apóstol a los Hebreos, cuando habla de esta manera: ***Porque os es necesaria la paciencia*** [aun hasta el fin de la vida; porque continúa así]: ***Para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa*** (cap. 10:36). Siempre necesitareis paciencia,

hasta el último momento. Solemos hablar de la misma manera a aquel cuyo caso es irremediable: «Necesitas paciencia, porque tu estado no parece que vaya a mejorar». Habían sufrido ya la pérdida de sus bienes (v. 34), y habían sufrido **gran combate de padecimientos** hasta entonces. Bien, pero la tormenta no ha pasado todavía: «Necesitareis paciencia aún, no hay probabilidades de que volváis a poseer vuestros bienes y haciendas, y no puedo daros —dice— más esperanza que la que esperéis pacientemente por la restitución de todas las cosas, que sucederá en el día del juicio; pues continúa así en el versículo 37: **Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará**. Y, por tanto: **No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón** (v. 35). Así que la única esperanza en esta vida es que el tiempo no durará mucho.

7. El séptimo acto u obra de la paciencia es que *hace que el alma glorifique a Dios en el corazón del hombre* de todas las maneras posibles. Como ya he hecho anteriormente, tomaré como ejemplo especialmente la conducta de Job, cuya paciencia es tan alabada por nuestro apóstol. Cuando sus pérdidas externas de hijos, etc., habían sido consumadas totalmente y las tristes noticias de estas habían llenado sus oídos y su corazón, a través de la llegada de mensajero tras mensajero (capítulo 1), el texto nos dice en el versículo 20 que **se postró en tierra y adoró**. Anteriormente había adorado con frecuencia, y eso a causa de sus hijos, para que no pecaran; así lo leemos en el versículo 5. Pero todas esas cosas, sus anteriores adoraciones, sacrificios y plegarias, no pudieron prevalecer ante Dios para preservarlos; ni tampoco a sus bienes. Y ahora, cuando todo ha desaparecido, la primera cosa que hace es postrarse y adorar.

Pregunta: ¿Qué abarca esto?

Respuesta: Me limitaré a lo que las palabras y la postura que adopta, como consecuencia de lo sucedido, significan; palabras y postura que muestran claramente lo que había en su corazón y le movía a actuar así, lo que desde dentro le impulsaba a actuar.

1. Adora a Dios por su soberanía, tanto al postrarse como con sus palabras: **Jehová dio y Jehová quitó** (Job 1:21). Él es el Señor —nos está diciendo—, el Señor de todo. Todo le pertenecía, ¿y no hará lo que quiera con lo suyo?, como en Mateo 20:15. Yo soy el barro, él es el alfarero. Él es mi Señor, y el de todos. Job había orado por sus hijos, como nosotros lo hicimos por la ciudad, en todo lo que, a su parecer, podía referirse a ellos. Pero Dios se los había llevado mediante muerte violenta; y en esto parecía Dios airado con sus plegarias, como con las nuestras por la ciudad; sin embargo, Job comienza a adorarlo de nuevo, y lo adora a pesar de todo. Y fue la primera cosa a la que se dedicó. La fe y la paciencia harán que el corazón se dirija a Dios en toda clase de asuntos, y expresarán y declararán su bondadosa disposición de una u otra manera. Y adorar a Dios, que era lo más apropiado en la condición en que se encontraba, es una acción más elevada, esencialmente, que la de orar, aunque se haga principalmente a través de la oración. Y Job, al igual que al comienzo, retuvo esta práctica y principio todo el tiempo, aunque se volvió muy inquieto cuando sus pecados y la ira de Dios cayeron sobre él. Sin embargo, por muy impaciente que estuviera, continuó después de la misma manera adorando y postrándose ante Dios en ocasiones. Así, en el capítulo 23:11-12, veréis cómo este pobre hombre se postra ante Dios y se somete a él. Primero manifiesta su integridad (v. 10), y su fe en lo que se refiere

al resultado de sus pruebas, que todo sería para bien: ***Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro. Mis pies han seguido sus pisadas....*** Como si hubiera dicho: «Sin embargo, aunque él conocía mi santo caminar con él, su decisión y su propósito de probarme continuaron, y todas mis oraciones anteriores no le hicieron cambiar, como sigue en los versículos 13 y 14: ***Pero si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar? Su alma deseó, e hizo. Él pues acabará lo que ha determinado de mí*** [lo que tiene para mí, como era el caso, tengo que admitirlo y someterme a ello] ***y muchas cosas como éstas hay en él***, muchas acciones inusuales, maravillosas e insólitas hay en él, y debemos magnificarlo en todo». Es la soberanía de Dios, como veis, lo que él adora aquí y ante lo que se postra. Y este pasaje podemos valorarlo igual que los eminentes discursos en los que expresaba su paciencia y que la Escritura alaba; y al final de sus mayores pruebas, lo encontramos todavía adorando a Dios y sometiéndose a él.

2. En segundo lugar, se humilla hasta el polvo, se postra en tierra. Primeramente, como una criatura que era, pobre y desprovisto de todo. «¡Ay!, ¿quién soy yo —dice él— y qué puedo alegar o aducir como mío?; ¿qué tengo o qué soy ***que no*** haya ***recibido*** (1 Co 4:7)? Desnudo y pobre llegué al mundo; pobre y desnudo estoy ahora, despojado de todos mis bienes; y así, desnudo, debo regresar. Nada tenía al principio, y nada tengo ahora, y nada me llevaré conmigo al otro mundo». Así habló.

Cuando Jacob estuvo en peligro y pensó que podía perder sus bienes, sus hijos y todo, como Job aquí había perdido realmente ambas cosas, ved cómo se humilla y se doblaba de antemano —como leemos en Génesis 32:10—, y hasta qué extremo, delante del Señor: «***Menor soy que la menor de tus***

misericordias. No me merezco ni un pedazo de pan, y tú me diste todo lo que tengo. ¿Y qué era yo anteriormente? [Considera, como Job, su condición original, tanto en posesiones como en descendencia]. **Pasé el Jordán con solo este cayado;** no tenía nada más —dice—, **y ahora tengo dos campamentos,** tanto con hijos como con ganado. Y si Dios se lo lleva todo, estaré donde estaba, y donde él me encontró en otro tiempo». Y verdaderamente, la mejor estrategia y plan de Jacob fue llegar a un acuerdo en cuanto al asunto, por si podía salvar la mitad de ambos (v. 8); si podía conservar la mitad de sus bienes y de sus hijos, habría estado en cierta manera tranquilo, considerando lo peligroso que era todo. Pero ahora se somete a Dios para el todo. Así, humillándose antes de perderlo todo, con el fin de conservarlo, está donde Job estaba cuando lo había perdido todo; pero ambos manifiestan la misma humildad.

Y de la misma manera que lo encontramos aquí humillado, como una pobre criatura, tan pobre como el que más, así en otra parte está tan profundamente quebrantado por ser pecador, y manifiesta estar así de desnudo y vacío de toda justicia propia o de algo en lo que pudiera apoyarse a los ojos de Dios. El gran apóstol no se manifiesta más desprovisto de lo mismo en Filipenses 3 que el santo Job en el capítulo 9, versículo 2: **Ciertamente yo sé que es así; ¿Y cómo se justificará el hombre con Dios? Si quisiere contender con él, no le podrá responder a una cosa entre mil.** Y todavía más profunda y categóricamente en los versículos 20 y 21: **Si yo me justificare, me condenaría mi boca** [peco con todas mis palabras, incluso ahora que estoy hablando]; **Si me dijere perfecto, esto me haría inicuo,** lo que significa: «Aunque tuviera una santidad perfecta e inherente, sin embargo, si me presentara ante Dios para ser justificado, no conocería mi propia

alma¹¹, como añade ahí [es decir, no miro nada en mi propia alma, renuncio absolutamente a todo en ella]. ***Despreciaría mi vida***, no veo nada digno en mí, renuncio completamente. Sí, ***despreciaría mi vida***; es decir, toda la santidad que haya practicado en el transcurso de mi vida y haya tenido en mí, la desprecio, la tengo por escoria y ***basura*** (Fil 3:8)». Aunque en cuanto a integridad, en lo que se refiere a santificación, mantuvo su posición ante el propio Dios.

Vemos que otros santos, en sus aflicciones, fueron pacientes en cuanto a sus pecados. Ejemplo de ello es David, cómo se humilló en la gran angustia a la que nos referíamos, y que lo silenció, como vemos en el anteriormente citado Salmo 39: ***Librame de todas mis transgresiones*** (dice en el v. 8). El recuerdo de estas lo hizo enmudecer delante de Dios; pues esas palabras vienen inmediatamente después (v. 9). Igual sucede con la Iglesia en Miqueas 7:9: ***La ira de Jehová soportaré; porque pequé contra él.***

3. Una tercera acción incluida en la adoración a Dios por parte de Job es que bendice a Dios, como muestran sus palabras allí: ese bendito estado de ánimo y disposición del espíritu que la fe, por medio de la paciencia, había forjado en él. ¡Mirad!, sus grandes sufrimientos hacen que bendiga al Señor: ***Sea el nombre de Jehová bendito***, dice. Lo bendice por lo que le había dado al principio, y porque lo había provisto de aquellas bendiciones de hijos y bienes por largo tiempo. ***Jehová dio y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.*** Y estaba agradecido por eso; y consideró razonable que, si recibía ***el bien***, debía recibir igualmente ***el mal***, según le placiera a Dios (cap. 2:10). Bendice también a Dios porque vio que Dios lo había bendecido con tales cosas

¹¹ Frase equivalente a la que Cristo dijo: ***No os conozco.***

y bendiciones celestiales que nadie podía arrebatar. Vio que el amor de Dios era el mismo todavía. Es una regla segura que nunca bendecimos a Dios si no vemos que él nos bendice primero; de la misma manera que no amamos a Dios sino **porque él nos amó primero** (1 Jn 4:19). Ahora bien, cuando el alma ve que Dios la bendice en las aflicciones y las pruebas, esto hace brotar de ella una nueva bendición a Dios. Entonces el alma dice: «No es solo la voluntad de mi Padre (y, por tanto, ¿no beberé la copa que me da?), sino que es la bendición de mi Padre, ¿y no lo bendeciré por ella?». En 1 Tesalonicenses 5:18, dice el santo apóstol: **Dad gracias en todo**; o sea, en cualquier circunstancia hay motivos para dar gracias y, por tanto, para bendecir a Dios.

Tercer aspecto del tercer apartado general: Los frutos de la paciencia

A estos el apóstol los califica de **frutos apacibles**, sosegados, **de justicia**, que la disciplina produce cuando **en ella** hayáis **sido ejercitados** (He 12:11), y ello a través de la paciencia conseguida por medio de la aflicción.

1. Primer fruto: produce **contentamiento**, un santo contentamiento; y este añade otra perfección a las anteriores obras de esta gracia: **He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad** (Fil 4:11-12). Y lo había aprendido como Cristo, quien **por lo que padeció aprendió la obediencia** (He 5:8), y por haber atravesado una gran variedad de circunstancias. Alguien puede estar contento, aunque no plenamente satisfecho. Cuando Dios ajusta a la

voluntad de alguien sus posesiones, este está satisfecho: ***Cuyo vientre está lleno de tu tesoro*** (Sal 17:14). Pero estar contento es otra cosa. No es cuando mis posesiones se ajustan a mi voluntad, sino cuando mi voluntad se ajusta a mis posesiones; y entonces estoy tan contento con ello como con la mejor de las posesiones. «***Porque la vida*** —dice Cristo— [es decir, el bienestar de la vida] ***no consiste en la abundancia***» (Lc 12:15). Es cierto que el hombre del que hablamos preferiría —como dice el apóstol— unas posesiones abundantes; pero la paciencia inclina su criterio a tal aprobación de su condición actual como la mejor para él, como la que el criterio y la sabiduría de Dios le han concedido; y así somete su voluntad a tal armonía con la de Dios que se siente contento.

2. El segundo fruto de la paciencia es *la autosuficiencia*. La palabra se encuentra en 1 Timoteo 6:6: ***Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento***. Pero *met' autarkeias*, traducida como «contentamiento» es con mucho una palabra de más alcance. Decir «contentamiento» es usar una palabra demasiado pobre y limitada aquí; su significado más amplio es «autosuficiencia». En 2 Corintios 9:8, la misma palabra está traducida como *suficiente*; pero aquí, en griego se añade «auto» a *suficiente*, lo que indica una suficiencia dentro del yo del hombre, que no necesita salir al exterior en busca de nada, que tiene suficiente provisión con lo que hay en su interior. Las palabras de este versículo son: ***Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra***. Vamos a considerarlas.

Es cierto que en las palabras ***toda gracia*** se incluye una gracia externa, que concede tal abundancia de bendiciones

externas que **siempre y en todas las cosas** se tenga para uno mismo y de sobra; sí, para abundar **para toda buena obra** con los demás. Pero lo principal de dicha gracia, en la que se centra, es en una autosuficiencia en el propio corazón del hombre, sin la cual no tendría nunca satisfacción interna, y mucho menos un corazón para repartir externamente; porque la natural autoinsuficiencia del hombre, como yo la llamo para contrastarla con la autosuficiencia, haría que su corazón fuera mezquino y ruin, nunca contento en sí mismo y, mucho menos, abundante en buenas obras con los demás; y esto, aunque fuera dueño del mundo entero. Así que esta es la gracia en la que insiste el apóstol, la gracia que predica.

Así pues, la consecuencia o corolario de todo esto, según nuestro propósito, es que sí, por otro lado, un auténtico cristiano nunca se encuentra en estado de gran necesidad, o ha caído en una condición de extrema pobreza, comparándola con lo que tuvo en otro tiempo (como es el caso de muchas buenas almas en el día de hoy), o bien con la abundancia que tienen otros, sin embargo, Dios le concede **toda gracia** de autosuficiencia interior, puede tener y tiene tanto contentamiento y suficiencia en su interior como los que están en la condición de abundancia que el apóstol desea a los corintios.

Y la razón es que la autosuficiencia de quien saca el mejor partido de todo no reside en esas cosas, sino que depende completamente de esa gracia interna que se ha mencionado o de esa disposición interna del Espíritu en la que esta gracia integra su alma.

Y esto es evidente en la cita anterior de Timoteo, en la que el apóstol usa la misma palabra a propósito para consolar a los santos que estaban en situación de escasez y necesidad en lo que se refiere a este mundo, como muestra la cohesión de los versículos 6 al 8: **Gran ganancia** —dice— **es la piedad**

acompañada de autosuficiencia, incluso virtualmente tanta y, de hecho, infinitamente más que ganar *todo el mundo* (Mt 16:26), según las palabras de Cristo. Y que, además, se menciona en relación con estas palabras: *Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar*. Y, por tanto, si no tenemos más que *sustento y abrigo, estemos contentos con esto*, que es lo que dice a continuación. Y hasta ese punto Dios se ha comprometido.

Y el santo apóstol lo comprueba en sí mismo, que había aprendido así a estar tan contento cuando sufría *necesidad* como cuando tenía *abundancia* (Fil 4:12). Y con esta disposición encontramos, en otra parte, que su mente había estado en medio de todas las circunstancias no solo de necesidad, sino de presiones de todo tipo; lo cual demuestra también que la paciencia y el aguante, a través del sufrimiento, habían sido sus tutores e instructores en ello. Porque en 2 Corintios 6, habiendo relatado en primer lugar sus sufrimientos (v. 4), y habiéndolos enumerado, en sus conclusiones resume el estado de su espíritu en cuanto a esto: *Como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo* (v. 10). Con estas pocas palabras compendia aquello en que o bien a partir de lo que dice a los corintios (cap. 9) he insistido ahora, o bien aquello a lo que equivale esa paradoja en mi texto. Porque aquellas palabras: *Como entristecidos* por las diversas pruebas, *mas siempre gozosos*, van unidas a *tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas* en este texto. Y su *no teniendo nada, mas poseyéndolo todo* de aquí es adecuado y equivalente al supuesto *teniendo siempre en todas las cosas externas todo lo suficiente* de los corintios (2 Co 9:8). Pero entonces su *como pobres, mas enriqueciendo a muchos* aquí le hace superar y

trascender aquello de lo que ellos, o el rico de corazón más generoso que haya existido, puedan vanagloriarse, con toda su abundancia, con cualquiera o con todas sus obras buenas o caritativas para ayudar a los demás. Así pues, vemos que es posible y alcanzable que un cristiano pueda, careciendo de todo, tener una total autosuficiencia, superabundando la plenitud de aquel que más abunde en cosas externas. Y todo esto era fruto de su paciencia y de su continuo perseverar bajo el sufrimiento. Porque está hablando así de sí mismo a la vez que enumera sus padecimientos, lo que en ese capítulo hace prolijamente. Así de perfectos os hará la paciencia que —como dice aquí el apóstol en mi texto— cuando lo hayáis perdido todo, no necesitaréis nada, ni siquiera en cosas externas.

Si me preguntáis: «¿De dónde le viene al cristiano esta autosuficiencia interior y en qué reside?», contesto: «Si Dios y Cristo viven en el corazón, si tengo la señal y las arras del Espíritu para salvación, o soy partícipe de su santidad y de la gracia que acompaña a la salvación, y si me deleito en la voluntad y la gloria de Dios, y en agradarle, y en cosas similares, tengo una autosuficiencia interior. Si —como dice 1 Juan 4:16— ***nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él***, lo tenemos todo en nuestro interior; es como alguien que tiene provisiones de toda clase y por todas partes en su casa, y tan abundantes que no necesita salir para nada; así es y será con nosotros.

3. El tercer fruto de la paciencia es el gozo: ***Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad, con gozo*** (Col 1:11-12). También está en este texto: ***Tened por sumo gozo***, etc. Y en el versículo 3 del capítulo 5 de Romanos: ***Nos gloriamos en***

las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia.

Me diréis: ¿Cómo puede ser así? ¿No dice el apóstol en Hebreos 12:11 que ***ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza***; y nuestro Salvador: ***Vosotros lloraréis y el mundo se alegrará*** (Jn 16:20), y otras muchas cosas parecidas?

Os daré estas respuestas:

1. *En primer lugar*, el objeto de vuestro gozo no está simplemente en vuestras aflicciones. No, nadie se puede regocijar en ellas solas. En realidad, son causa de tristeza, nos lo dice así el apóstol. Pero vuestro gozo reside en mirar las consecuencias y el resultado, el fin y la recompensa de las pruebas por medio de ellas; y esto es lo que debéis considerar el motivo de vuestro gozo, y de todo gozo. Regocijarse en la prueba, o en la misma aflicción misma, es una cosa; y regocijarse en la expectativa de las consecuencias y el resultado, es otra.

2. Después, *en segundo lugar*, si os dais cuenta, la palabra del texto es favorable; dice: ***Tened por sumo gozo***; es decir, estimadlo así. No dice: «Tendréis sumo gozo en el momento presente», sino que: «Aunque no lo tengáis, podéis tenerlo ***por sumo gozo***» (o sea: «Podéis considerarlo como causa de sumo gozo»), como muchos intérpretes parafrasean las palabras) y, de esta manera, razonaréis hasta el punto de que tengáis gozo, y lo tendréis por ***sumo gozo***, lo apreciaréis (en términos académicos), aunque falte el entusiasmo del gozo.

3. *En tercer lugar*, Cristo mismo, cuando estaba sufriendo ***la cruz*** (He 12:2), mientras colgaba de ella, y asimismo anteriormente, mientras que estaba en el huerto, no tenía un estado de ánimo gozoso en aquel momento como para sentir el entusiasmo del gozo; no, su alma estaba ***triste, hasta la***

muerte (Mt 26:38), en aquel momento. Sin embargo, en Hebreos 12:2 dice que ***por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz***, etc. Y el mismo versículo se nos pone como ejemplo de lo mismo: ***Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús***, etc. Está bien que miréis al gozo que se os pone delante, como que ciertamente esperáis que llegue, aunque no sintáis el entusiasmo del gozo en aquello que esperáis que venga.

4. *En cuarto lugar*, puede que no os regocijéis en el presente con gran gozo; pero más tarde, ejercitando mucho la paciencia, crecerá en vuestro interior. A esto mismo hace referencia el apóstol cuando distingue en Hebreos 12:11 entre ***al presente***, y ***después***: ***Ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados***. Y en esta esperanza, les ordena que levanten las manos caídas y que fortalezcan las rodillas paralizadas.

5. Sin embargo, *en quinto lugar*, muchos cristianos, quizá vosotros también, hayáis sentido verdadero gozo en ese momento, en medio de vuestras aflicciones. Los dos —las grandes pruebas y los grandes gozos— pueden mezclarse y convivir al mismo tiempo en el corazón en diferentes sentidos. El apóstol reconcilia los dos en 1 Pedro 1:6: ***En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas***. Las palabras ***en lo cual vosotros os alegráis*** se extienden y se elevan por encima de considerar motivo de gozo lo que está por venir, sino que además hablan rotundamente del gozo en el presente. Y, por tanto, tener el sentimiento de gozo interno muy elevado y, sin embargo, en el mismo ***ahora***, como él lo expresa, estar apesadumbrados en cuanto a las circunstancias externas, son compatibles. Y en Colosenses

1:11-12, el apóstol habla de que tan gloriosa *potencia* acompaña a los santos en las pruebas, y producirá *paciencia y longanimidad, con gozo*. ¿Y por qué otra razón nos dice también el apóstol: *Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!*? No se contenta con decirlo una vez, como para que se regocijen un poco, sino que lo manifiesta *otra vez*, porque se debían regocijar en extremo, y hacerlo *siempre*, por tanto, en todo tiempo y condición. Y de la coexistencia de ambos en sí mismo, pone un ejemplo: *Como entristecidos, más siempre gozosos* (2 Co 6:10).

Cuarto aspecto del tercer apartado general: Algunas propiedades o apéndices importantes de la paciencia que, al ser añadidos, la hacen a ella y a su obra completas

1. Cuando al espíritu del hombre se le induce a actuar así con naturalidad, de modo que no necesita reprender su espíritu para que tenga una disposición pacífica, ni necesita forzarse a ello, sino que es como Esdras, del que se nos dice que era un *escriba diligente* (Esd 7:6) (o sea, que era perfecto en su trabajo, su corazón estaba preparado para el trabajo y se aplicaba a él: *cf. v. 10*), y así la paciencia ha tenido una *obra completa* cuando moldea el corazón para estar dispuesto a hacer las obras mencionadas anteriormente. Así, el apóstol nos dice en Hechos 21:13: *Yo estoy dispuesto no solo a ser atado, más aún a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús*. Su corazón estaba tan totalmente preparado que no vaciló; sí, era angustioso para él que sus amigos quisieran disuadirlo: *¿Qué hacéis quebrantándome el corazón?* El estar acostumbrado al sufrimiento y la paciencia había creado en él el hábito de la diligencia; su corazón no tenía que buscarlo.

2. Un segundo apéndice o propiedad que añade perfección a todo esto es cuando la práctica es *duradera*, que tiene constancia.

En primer lugar, *que no sea solamente por arrebatos*. Ese fue el error de Jonás. ¡Ay!, él era un hombre humilde y quebrantado cuando estaba dentro del pez; ¡pero qué terrible fue cuando estaba fuera! En Moisés la paciencia tuvo ***su obra completa*** en lo que se refiere al constante ejercicio de dicha virtud; por ello tuvo el honor de ser considerado ***muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra*** (Nm 12:3); y verdaderamente no era la mansedumbre de su temperamento natural, ni simplemente una virtud moral por lo que tanto se le alaba, aunque estas cosas podrían contribuir a ello. Era, por el contrario, una virtud espiritual, la virtud de la mansedumbre y, consecuentemente, de la paciencia, que el Espíritu Santo había obrado en él y que él había aprendido por medio del sufrimiento. Y mi razón, entre otras, es, principalmente, de que fuera un tipo de Cristo, según la promesa de Dios de levantar a otro profeta como Moisés, especialmente con esta virtud; por lo cual, de la misma manera que Moisés es ensalzado en esto, lo es Cristo en los Evangelios, donde se pone a sí mismo como ejemplo: ***Aprended de mí que soy manso y humilde***, etc. (Mt 11:29). Ahora bien, con cuánta constancia soportó Moisés, desde el principio al fin, aquella nación perversa, murmuradora y rebelde, que así se comportaba contra Dios y contra él; y la soportó con paciencia invencible, y además intercedió por ellos; y lo mismo hace Cristo con nosotros y por nosotros. Y aunque leemos que Moisés estaba y podía estar a veces enojado (*cf.* Lv 10:16) y, de hecho, ***extremadamente airado*** (como dice literalmente, lo

cual infiero de Ainsworth¹²), sin embargo, era con frecuencia por la causa de Dios; pero aun así, su acostumbrada y constante disposición de ánimo era la otra, por la cual tenía aquella célebre denominación, y nunca estaba muy exasperado ni se dejaba dominar por la impaciencia, de la cual leemos solo una vez (*cf.* Nm 20:10-11, comparado con el Salmo 106:32-33).

En segundo lugar, la paciencia es completa, *cuando continúa hasta el fin*. De la misma manera que se dice de un color que es sólido cuando es duradero, como el tinte en grano o los colores de la India, que permanecen mientras dura el tejido. ***El que persevera hasta el fin, éste será salvo*** (Mt 24:13). Encontraréis, por tanto, que en dos lugares a la paciencia se le añade la longanimidad: ***Fortalecidos [...] para toda paciencia y longanimidad*** (Col 1:11). La paciencia ahí se refiere al peso o al dolor y pesadumbre de la aflicción que sufrimos; y la longanimidad, al tiempo y la duración. La otra está en un ejemplo del apóstol mismo: ***Tú has seguido mi longanimidad, amor, paciencia*** (2 Ti 3:10). En Santiago 5:7 se dice del labrador cuyo caso se presenta para persuadirnos a la paciencia; él aguarda ***con paciencia***. El soportar por largo tiempo y hasta el final, es ciertamente, perfección: ***Sé fiel hasta la muerte***, dice en Apocalipsis 2:10. Para llevar un gran peso durante un cuarto de hora se necesita cierta paciencia, pero para llevarlo un día, o más, o una semana, hace falta longanimidad. ¿Por qué se dice que, cuando se ha hecho ***la voluntad de Dios***, se ha necesitado ***paciencia*** (He 10:36), sino porque al final de la vida, después de una activa vida ya recorrida en su mayor parte, cuando ya se

¹² Véase la nota 8.

está cerca de la promesa, la paciencia puede ser puesta a prueba al máximo?

3. Una tercera propiedad o requisito para una paciencia completa es que sea *universal*; y lo es o bien cuando alguien ha sido probado de todas las maneras y ha pasado por toda clase de pruebas, o bien ha salido con paciencia de todo aquello en que ha sido probado, aunque las pruebas no hayan sido de todas clases. El ánimo natural del hombre le ayudará a ser paciente en algunas cosas, pero en otras su corazón desfallece y no las puede soportar. «¡Ay!, esa cruz no, cualquier otra». Pero es cierto que, de la misma manera que Dios probó a Abraham en su Isaac, probará a los hijos de Abraham en lo que les sea más querido, pero también los ayudará a soportarlo (*cf.* 1 Co 10:13) y sobrellevarlo. De aquí que en las epístolas encontremos la palabra «toda» añadida a la paciencia y la longanimidad, tanto cuando se ora por paciencia, como en Colosenses 1:11, como cuando se exhorta a ella, como en 2 Timoteo 4:2. Pero aunque se debe orar por esta totalidad y exhortar a ella, como lo que hace completa a la paciencia, sin embargo, es bueno si en las grandes pruebas de nuestra vida salimos airoso con la paciencia adecuada, y de ahí en adelante decidimos actuar con longanimidad: y eso es lo que se espera de nosotros. Y puede parecer extraño que muchos que podrían soportar grandes pruebas entre Dios y ellos con sosiego y sumisión, se encuentren, sin embargo, fácilmente en desventaja en ocasiones de menor importancia entre los hombres y ellos; de lo cual se podrían dar algunas razones.

SECCIÓN IV

Aunque ya he concluido el asunto que me había propuesto al principio, me siento, sin embargo, obligado a continuar un poco más con la explicación del versículo 5, a fin de proporcionar alivio contra un gran desánimo, el cual sé que está, o puede haber estado, en los corazones de muchos lectores, mientras he estado disertando sobre esas grandes cosas acerca de la obra completa de la paciencia; y también para dejar tras de mí las instrucciones más convenientes acerca de cómo obtener esta paciencia, en su obra completa; y no me saldré de mi texto para estas cosas.

UNA EXPOSICIÓN DEL VERSÍCULO 5

Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.

El desánimo que conozco es: «¡Oh, cuán lejos están y han estado nuestros corazones de esta obra completa de la paciencia!, la cual, sin embargo, algunos santos han alcanzado en gran medida, como aquellos grandes ejemplos que he mostrado, tanto de los santos del Antiguo como del Nuevo Testamento. ¿Qué pensaré entonces de mí en el momento presente? —dirá un alma tal—; ¿o qué haré en el futuro?».

Bueno, ciertamente, Dios ha provisto suficientemente en el texto para responder a estas preguntas y quejas tuyas, tan-

to para aliviarte de tu desánimo por la falta de ejercicio en estas cosas, como también para dirigirte de manera más apropiada y eficaz, así como los únicos medios para obtenerlas.

I. En cuanto a este presente desaliento acerca de lo que te falta, y por desmerecer tanto de esto hasta ahora, a lo cual eres tan sensible, estas primeras palabras en el texto (*si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría*) se verá que hablan mucho para tu alivio en este sentido.

II. En cuanto a las instrucciones que deberías seguir en el futuro para obtenerla, aquellas otras palabras (*pida a Dios*) nos indican el remedio más apropiado y eficaz y la manera de suministrarlo en esa situación.

III. Con este gran estímulo añadido, obtenido de la propia naturaleza de Dios: *Pida a Dios, el cual da a todos abundantemente, y sin reproche*; y después secundado con esta promesa: *Y le será dada*.

De estos tres apartados, en lo que sigue, brevemente consideraremos:

I. En cuanto al desaliento

Las palabras iniciales (*si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría*) conducen grandemente a aliviar los corazones en ese sentido; la consecuencia de lo cual es que el apóstol claramente supone que los verdaderos creyentes pueden realmente, y en sus propios recelos específicamente, ser encontrados grandemente faltos en este asunto de la paciencia

cuando les sobrevienen las pruebas. Y estoy seguro de que esto proporciona aliento para el desánimo en el que normalmente se cae. Siendo esta es la suposición del apóstol, se confirma al explicar cuatro cosas:

1. Que por **sabiduría** claramente se entiende aquí la paciencia, junto con su obra completa de la que él había hablado.

2. Que habla esto a aquellos que son verdaderos creyentes: **Si alguno de vosotros**.

3. Que se dice o puede decirse que a los verdaderos creyentes (que tienen toda virtud y los principios de esta en ellos) les falta tal o cual virtud.

4. La razón y ocasión concretas sobre las que el apóstol se pronuncia en esta suposición: **Si alguno**, etc.

En primer lugar, la **sabiduría** se toma a veces en el sentido amplio de toda gracia y actos de gracia; a veces, en sentido estricto, para una gracia en particular. Para encontrar la diferencia entre ambos sentidos, la medida ha de obtenerse de la finalidad que tenga el lugar donde se menciona. Ahora bien, la sabiduría, en este lugar, ha de tomarse en sentido estricto; esto es, como aquella gracia concreta, o parte de la sabiduría de la gracia, por medio de la cual se sabe cómo es capaz de manejarse alguien en las pruebas (especialmente grandes, dolorosas y repentinas) con paciencia; lo cual se hace cuando hemos tomado y asimilado por fe los principios que nuestro cristianismo suministra abundantemente como la base que instruye y capacita al alma para aceptar con gozo tales pruebas y tentaciones, y sufrirlas y sobrellevarlas con un gozo constante. Porque, del mismo modo que la palabra gracia se toma en un sentido estricto o amplio, esto es, bien para toda gracia y, sin embargo, de nuevo para alguna o toda gracia

particular, a cada una de las cuales también se le llama gracia (*como en todo abundáis [...] abundad también en esta gracia: 2 Co 8:7*), así también, toda gracia se llama sabiduría en un sentido amplio, como normalmente aparece en el libro de Proverbios, pero también a una gracia particular se le llama sabiduría, como muestra el capítulo 3 de esta epístola, versículo 13. La gracia de la mansedumbre que se muestra en el habla y en la conducta, la llama *mansedumbre de sabiduría*, o *sabia mansedumbre*, o una mansedumbre acompañada y procedente de sabiduría. Y así Calvino y muchos otros entienden *sabiduría* aquí en este mi texto por esta gracia especial¹³; la finalidad de las palabras anteriores y la coherencia con ellas conducen a esto. La verdadera paciencia es una sabiduría tal que permite al alma tener la capacidad y habilidad para que alguien se mantenga pacientemente bajo las pruebas, hasta tal punto que la paciencia tenga una obra completa en nosotros; y a esto debe restringirse aquí el sentido; porque de esta gracia ha estado, y todavía continúa, disertando.

Y hay una razón especial y más concreta por la que esta habilidad de la paciencia debe llamarse sabiduría en un sentido más importante. Porque lo que había dicho antes de regocijarse en las aflicciones y tentaciones, y a lo que nos ha exhortado, es que la paciencia tenga su obra completa; estas cosas, siendo las lecciones más difíciles en el cristianismo, necesitan, pues, y requieren que los más altos principios de la sabiduría divina (tanto doctrinal como práctica) sean incrustados y fijados profundamente en el alma, a fin de doblegar y disponer el corazón para una práctica real y un cumplimiento voluntario de tales dictados y una conformidad a

¹³ «*Sapientiae nomen ad circumstantiam praesentis loci restringo*». (En palabras de Calvino).

ellos. Porque entonces es ese conocimiento denominado sabiduría; y por esta razón es por lo que toda nuestra religión también se llama sabiduría, porque no se basa en un simple conocimiento intelectual, lo cual es distinto de la sabiduría, sino que hace a las personas sabias para la práctica de aquellas cosas en las que instruye. Y, en particular, esta habilidad de soportar las pruebas, tales como las que han sido descritas, merece este nombre con más razón, pues supera y sobrepasa la esfera de todos los principios, sean de la filosofía o de los de otras profesiones o profesantes de la paciencia, que, al manifestar una paciencia adusta, en ningún modo es mejor, pues *profesando ser sabios se hicieron necios* (Ro 1:22); y el cristianismo los supera infinitamente en aquello en lo que más se glorían.

En segundo lugar, es evidente que habla esto a aquellos a quienes supone verdaderos creyentes; aunque, por ello, al principio nos ruboricemos, porque las palabras parecerían referirse y mencionar a personas no regeneradas que carecen totalmente de toda verdadera sabiduría y gracia; y así la intención sería dirigirlos a la búsqueda de verdadera gracia, de la que carecen, para obtenerla de Dios por medio de la oración. Pero la coherencia muestra manifiestamente que habla a aquellos que se supone que ya son verdaderos creyentes. Porque en las palabras siguientes exhorta a las mismas personas a las que se dirige con estas otras a pedir *con fe* (v. 6); y, por tanto, se supone que ya tienen una fe verdadera aquellos a los que dirige esta exhortación. De otro modo hubiera sido más apropiado, y un requisito previo, si se hubiera dirigido a los hombres no regenerados, haberlos exhortado a buscar primero la fe misma, y después, por fe y en esa fe, buscar esta sabiduría, o gracia, del sufrimiento. Y, de nuevo,

habla a los que eran hermanos; así los llama; y en este pasaje dice: «**Si alguno de vosotros**, quienes, siendo verdaderos profesantes del cristianismo, estabais expuestos a diversas pruebas, especialmente las derivadas de las persecuciones». Y es también a los que exhorta a tener **por sumo gozo (v. 2)**, y aquí a pedir sabiduría de Dios, para de este modo ser capacitados para sufrir por su santa profesión. Además, si esta sabiduría que reside en la paciencia ha de tener su obra completa en ellos, se supone que tales personas tienen ya alguna obra de paciencia y de otras virtudes comenzadas en ellos. Y, ciertamente, hubiera sido completamente inapropiado, y una lección demasiado elevada para ser aprendida por los hombres en su estado natural, si hubiera exhortado a hombres no regenerados, que estaban aún completamente destituidos de toda gracia, y libres de todo peligro de sufrir a causa del evangelio, y los hubiera instruido para hacer de esta la primera de sus oraciones a Dios y de sus peticiones, para poder sufrir las pruebas, y que la paciencia hiciera una obra completa en ellos; y así haberles enseñado lo que es la lección más difícil en el cristianismo antes de haber aprendido las primeras letras de este. Esto es todo en cuanto a las personas; es decir, que habla a hombres ya regenerados, que se supone que tienen fe.

La tercera proposición era: ¿cómo podía ser que hablase de esta forma de los creyentes, diciendo que estaban faltos de esta virtud de la sabiduría? Porque si, como tales, se supone que poseían todas las virtudes, ¿por qué dice: **Si alguno de vosotros?**

Respuesta: Esta expresión (decir que tal o cual cristiano **tiene falta de** una virtud) no es raro ni inusual en las Escrituras, cuando él o ellos se han olvidado de ejercitarla.

Porque, aunque los cristianos recibimos los principios de todas las virtudes (cf. 2 P 1:3), sin embargo, podemos ser negligentes en avivar todas las virtudes, o podemos haber dejado de ejercitar algunas. ¿Por qué entonces, y con qué fin, en el mismo lugar, el apóstol los estimula a añadir **virtud** a la virtud (v. 5)? Y en esos casos se puede decir y, de hecho, culpar a un cristiano de tener falta de esa virtud o virtudes por no ejercitarlas. Por eso, en el mismo capítulo, versículo 9, hablando de un profesante negligente y dormido, aunque verdadero, usa este mismo lenguaje acerca de él: ***Pero el que no tiene estas cosas***, como he explicado en otro lugar esa Escritura. Porque *idem est non esse, et non uti* (es lo mismo que una cosa no sea y que no sea usada, cuando su naturaleza tiene totalmente por objeto su uso y operación). Ahora bien, esta cosa es la virtud; y esta, si no se usa, es como si no existiera. Y la oposición que hay entre añadir virtud a la virtud (cf. v. 5), esto es, ejercitar una virtud tras otra, y la falta de virtud (cf. v. 9), muestra evidentemente que la frase ha de entenderse no como una falta completa de la virtud, sino de su ejercicio.

La cuarta cosa es la razón u ocasión concreta por la que el apóstol expresa tal suposición: ***Si alguno de vosotros tiene falta***.

Esto se verá al considerar estas tres cosas:

1. Respecto a lo que había exhortado a practicar algo tan duro y difícil, a tener ***por sumo gozo***, etc., lo cual requiere que se interioricen elevados principios sobre el bien y los beneficios de las pruebas, en el resultado y el final de estas¹⁴;

¹⁴ «*Si quis vestrum non potest intelligere utilitatem tentationum, postulet a Deo tribui sibi sensum*». (Cita de Beda).

principios que deben también haber sido primero concienzudamente elaborados en los corazones de quienes alcanzarán esto.

2. Al existir muchas pobres almas, como las de los que eran débiles, y algunos nuevos conversos entre aquellos a quienes escribió, que podían (como muchos en el día de hoy que son sinceros de corazón en el sentido de sus propias debilidades) hallar y presentir que estaban muy lejos de tales elevados principios y logros y, por tanto, al discurrir de tal manera, probablemente se encontraban completamente desanimados, al pensar de sí mismos, al juzgarse a sí mismos, por el estado actual de sus débiles espíritus, llegarían a la conclusión de que sus corazones nunca alcanzarían ese nivel. «¡Qué! ¡Tener *por sumo gozo!* —pensarían—. ¿A esto nos exhorta? ¡Ay! Nuestros corazones tiemblan ante los meros pensamientos de entrar en tales pruebas grandes y repentinas como tú aquí nos adviertes. Y de todas las virtudes, esta de la paciencia en el sufrimiento y de la fortaleza de espíritu en él, es de la que carecemos. Esto nos falta, y no sabemos cómo conducirnos sabiamente bajo tales pruebas para glorificar a Dios; sí, y para no deshonrarlo vergonzosamente. Más aún, si nos viéramos envueltos en tales pruebas y sufrimientos, estaríamos más predispuestos a apartarnos por causa de ellos que a regocijarnos cuando caemos en ellos».

3. Además, podría haber muchos cristianos fuertes, en cuanto a la parte activa en la vida del cristianismo, que, sin embargo, podían haber buscado ser como nuevos soldados al principio, y que, cuando tales pruebas han venido inesperadamente, y se han triplicado sobre ellos, han caído como por un precipicio. Y de esta forma terrible se les habían presentado como una inminente amenaza, como se explicó. Y aun tales cristianos, al ser sorprendidos, podían sentirse perplejos

al principio con respecto a aquella primera confianza de espíritu para soportarlas, hasta que, por la oración y la fe, al recordar, obtengan de nuevo o recuperen esta sabiduría. Incluso los cristianos fuertes son propensos a sentirse conmovidos al principio, como los hombres que han recibido un gran golpe, y no pueden permanecer en pie o mantenerse firmes.

Ahora bien, a cualquiera de estos casos puede aplicarse el lenguaje del apóstol: *Si alguno de vosotros tiene falta*, y habla así a sus propios corazones; pero, especialmente, a la primera clase de cristianos débiles. Y, ciertamente, habla de sus mismísimos temores, y de sus pensamientos y presentimientos más internos, que tuvieran o pudieran tener acerca de sí mismos; y así expresa los recelos de sus corazones en su propio lenguaje. «¡Oh, me faltan estas cosas!», dice el alma. *Si alguno de vosotros tiene falta*, dice el apóstol. Y no es poco consuelo para los tales oír a un apóstol, bajo la inspiración directa del Espíritu Santo, suponer que cristianos muy fieles y sinceros pueden estar faltos y ser sorprendidos.

Así, en cuanto a eliminar su principal desánimo, que es la primera proposición.

II. Las instrucciones

Pídala a Dios (v. 5). Habiendo hablado a sus corazones, en cuanto a los temores y presentimientos respecto a no cumplir con este alto deber del gozo y de la paciencia, etc., ahora los dirige al medio más apropiado y supremo de todos para obtenerla, y este es la oración fiel y constante: *Pídala a Dios*.

Y en esto habla también a los corazones de todos los verdaderos cristianos, incluso de los más débiles, cuyo refugio en todas sus necesidades es clamar a Dios para que supla lo

que les falta, especialmente cuando sienten o presienten la falta y carencia de la gracia que necesiten **hallar** [...] **para el oportuno socorro** (He 4:16). Y obsérvese que lo que todas las persuasiones del apóstol no habrían logrado para el suministro eficaz de esta gracia en las pruebas, la fe, manifestándose en constante y ferviente oración, lo alcanzará y obtendrá; y sus corazones, finalmente, serán levantados y se obrará en ellos para que sean capaces de abundar también en esta gracia. La fe débil, cuando no puede soportar el sufrimiento en su corazón, ni siquiera afrontar las pruebas, puede, sin embargo, orar; y, por tanto, suplica con deseos indecibles tener esta gracia, ser capaz de sufrir estas pruebas de esta forma gozosa a la que el apóstol nos exhorta. Y al corazón débil, si continúa orando e importunando a Dios, al final se le dará esto, como aquí se promete. No me extenderé más en esto. Porque cuando un apóstol escoge un medio, aunque sea uno solo, por el cual obtener cualquier gracia eminente que se necesite, ese medio debe usarse y practicarse con toda diligencia; y, por tanto, no se necesita insistir más.

Solamente obsérvese cómo en esta parte instructiva no los dirige a la oración principalmente para que las tentaciones y pruebas sean evitadas o alejadas, ni para pedir liberación de ellas, aunque es lícito y puede hacerse; no hay ni una palabra de estas en la exhortación; lo que sí hace es mostrar el principal objetivo e intención de sus almas al orar por gracia, cómo tener paciencia y gozo. Esto es en cuanto a la instrucción.

III. Sus estímulos para la oración

Sus estímulos, que un creyente recibirá al buscar, se obtienen, primero, de aquella costumbre y disposición misericordiosa de Dios, que **da a todos abundantemente**, etc.

1. Por ser un Dios que **da a todos**. Y esto también ha de ser entendido de forma limitada en cuanto a aquellos que acuden o acudirán a Dios mediante una oración fiel e importuna¹⁵. Porque antes había dicho: **Pídala a Dios**; y, por tanto, el que Dios dé presupone que el da al que le pida. De nuevo, aunque se dice que la fe produce paciencia, es, sin embargo, la oración la que trae y hace descender el poder de Dios al corazón, el cual obra tanto la fe como la paciencia, y toda oración es la comadrona por la que la fe, la madre, da a luz a la paciencia en el corazón.

2. Su disposición misericordiosa para dar se expone a continuación.

(1) Que **da** [...] **abundantemente**. La palabra *aplos* significa dar con un corazón generoso, de forma pura y sencillez de corazón, como que no es movido por nada respecto a nosotros, como por merecimiento, ni cosa semejante, sino simple y llanamente por los motivos y consideraciones que están en su propio corazón, y que su propia naturaleza divina, grande y misericordiosa, le pide: libremente. Generalmente acostumbramos a decir: «Por su libre gracia», lo cual concuerda con el significado de la palabra que el apóstol usa aquí. Por tanto, haz de esa gracia tu apelación a él en tus oraciones por ella, o por cualquier otra cosa que busques de sus manos.

(2) Significa ampliamente, abundantemente, liberalmente, ricamente. Así se usa la palabra en 2 Corintios 8:2, y así se traduce aquí. También la tenemos en aquel pasaje de David en 2 Samuel 7:21: **Conforme a tu corazón** [esto es, libre o simplemente] **todas estas grandezas has hecho** [esto es, con liberalidad].

¹⁵ «Cum dicat omnibus, intelligit, qui petunt». (En palabras de Calvino).

Y sin reproche. Hay una segunda cualidad o disposición en Dios en cuanto a dar; el sentido aquí es, en primer lugar, que cuando ha dado con liberalidad, por muy a menudo o por mucho que sea, sin embargo, no reprocha, como los hombres acostumbran a hacer. Entre los hombres, aun el que es más liberal, si el mismo hombre al cual le ha dado anteriormente viene a menudo a él para ser ayudado, al final, cuando menos, se excusará o incluso le dirá: «¿Por qué vienes tan a menudo, una y otra vez?», lo cual es un modo de reproche tácito e implícito, o una insinuación de beneficios perdidos. Sin duda, Calvino, y Estius¹⁶ a partir de él, aciertan al dar este sentido y significado a esta cláusula: que nadie debe tener temor o preocupación para venir, por muy a menudo que sea, a este liberal y generoso Dador, ni desanimarse en su interior por tener que venir tan a menudo a él, ni abstenerse de continuar con sus incesantes importunidades, por mucho tiempo que pase hasta que lo obtenga. Y entendido así, es como si dijera: Dios es tan generoso, tan sencillo de corazón y tan liberal para dar que, cuanto más a menudo vengas, tanto mejor serás recibido, especialmente cuando lo hagas por gracia; sí, por esto nos invita de su propio corazón generoso a venir siempre, a pedir y a orar continua e incesantemente, como se ve en aquella parábola de Lucas 18, expuesta con el mismo propósito. Así pues, se nos exhorta aquí a continuar en oración de forma frecuente, constante e importuna para obtener lo que pidamos.

Una segunda finalidad al añadir esta cláusula es que, aunque Dios ciertamente reprocha a los impenitentes sus pecados, como Cristo a aquellas ciudades, sin embargo, nunca lo

¹⁶ Willem Hessels van Est (latinizado como Estius) (1542 – 20 de septiembre de 1613) fue un comentarista católico holandés que comentó las epístolas paulinas. (N. del E.).

hizo, ni lo hará, con ningún pecador en este caso concreto que se propone (a saber, cuando venga y se humille por sus pecados, busque más **gracia para el oportuno socorro** —He 4:16— contra su depravación; y esto es mucho más que la liberación de las aflicciones); en este caso, no les echará en cara ninguna de sus indignidades del pasado; pasará por alto sus iniquidades, y no les reprochará por ellas. Y esto es ciertamente de gran ánimo; porque la culpa del pecado y la ingratitude anteriores disuaden a los hombres, más que ninguna otra cosa, de venir a Dios, para que no les recuerde sus iniquidades y los reproche por causa de ellas.

Y le será dada. Continúa y confirma esta esperanza de obtener lo que se pide con esta promesa segura y cierta: ***Y le será dada.*** Porque cuando las almas de los hombres, al ser plenamente conscientes de su propia falta de gracia, son llevadas (a escoger) a buscar gracia, o tal o cual disposición benévola, y esto antes y por encima de toda liberación de las pruebas en que se encuentran, como observamos antes que el apóstol había enseñado, en esto Dios —que es ***el Dios de toda gracia*** (1 P 5:10)— está más dispuesto a dar gracia que ninguna otra cosa. No hay peticiones más agradables para él, o que se ajusten mejor a su divina y bendita disposición, que esta de orar por gracia, como está expresado. Porque el otorgar y dar gracia, por la cual se ora así, repercute, más que nada, en la glorificación de él mismo; y ese es el objetivo que debe tener el corazón para hacer de esta la principal y más importante de sus peticiones más fervientes. El Dios de gracia tiene la gracia más generosa. Así lo dice Cristo: ***Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?*** (Lc 11:13). Nuestro apóstol también

nos ha dicho que, aunque *el Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente* (cap. 4:5), Dios *da mayor gracia* (v. 6) —esto es, un contrapeso de gracia a ese anhelo— a todos aquellos que la buscan humildemente. Como dice en el capítulo 4:5-6: *¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes* (v. 7).

Ahora saldré de mi texto para incluir una cosa. Observo, cuando el apóstol llega en particular a esa parte de la oración que hace por los colosenses, para que tengan *toda paciencia y longanimidad con gozo* (Col 1:11-12) —que concuerda exactamente con este asunto que es objeto de exhortación en este texto— que él implora *la potencia de la gloria* de Dios, con estas palabras: *Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad con gozo*. Y atraer y dirigir vuestros corazones a esta *potencia de la gloria* de Dios, y centrar en ella vuestras oraciones, es lo que ahora me propongo hacer.

Y, ciertamente, la consideración de esto tendrá una influencia general en aquellos tres apartados que han sido tratados en esta última cuarta sección. Porque, en primer lugar, puede no ser tan extraño si muchos de nosotros hemos sido tan deficientes y carentes de esta gracia; porque no es un poder ordinario, tal como el que nos ayuda a andar en santidad de forma ordinaria, sino un poder glorioso el que se requiere para perfeccionar esta gracia; lo cual prueba que es un ejercicio más difícil que cualquier otro, y que nuestras naturalezas están tan infinitamente alejadas de esto que nosotros, sin pararnos a considerar, quizá no hayamos implorado con su-

ficiente vehemencia la ayuda de tan gran poder. Y, en segundo lugar, esto nos da una razón clara por la que, entre otros medios, el apóstol nos dirige a la oración y extraordinariamente nos la propone a nosotros como el medio más eficaz y, de hecho, el único para obtener esto. Porque, considerando que este poder no reside en nosotros, sino en Dios, el cual debe efectuar esto en nosotros, entonces seguramente nada puede ser considerado tan prevaleciente como la fe y la oración, que son las virtudes en que, y por medio de las que, el alma, saliendo de sí misma, al sentir su completa insuficiencia, suplica que la gracia en el corazón de Dios ejerza este poder por su buena voluntad, y así lo haga manifestarse e introducirse en el corazón. Y entonces, en tercer lugar, esto nos da el mayor aliciente para obtener esta obra completa, por muy lejos de ella que nos parezca la disposición actual de nuestros espíritus, viendo que nada menos que tal gloriosa **potencia** es el requisito para efectuarla en los cristianos más fuertes, y que una **potencia** tan gloriosa es capaz de obrarla en los más débiles.

Oremos, pues, con toda vehemencia por nosotros mismos, como hizo el apóstol por aquellos colosenses, para que esta gloriosa **potencia** venga sobre nosotros, y nos fortalezca **con todo poder en el hombre interior** (Ef 3:16); el cual poder en nosotros es el efecto de aquel poder en Dios como la causa.

Porque al igual que esta paciencia ha de ser **toda paciencia**, para que pueda hacer su obra completa, así también este poder debe ser **todo poder** (Col 1:11) con el que debéis ser fortalecidos para tal paciencia, o no seréis completos en ella. Ese poder que tuvisteis en tal o cual prueba no servirá para fortaleceros contra la siguiente prueba que venga, sino que debéis tener un nuevo poder especial para cada nueva prue-

ba. Vuestra dependencia, pues, de Dios es muy grande para esta obra completa de la paciencia, pero también vuestros estímulos son grandes. Puesto que como debe ser que —si Dios quiere fortalecernos bajo pruebas grandes e inusuales— él debe desplegar no menos que esta **potencia de su gloria** (Col 1:11), así hemos oído cómo, en nuestro apóstol, él ha prometido darla, y que la dará gratuita y liberalmente a aquellos que convierten en su objetivo principal, constante y ferviente pedirla; y, por tanto, su gracia, si se pide, se compromete a desplegar este poder.

No puede ser sino un gran apoyo para un corazón débil que se encuentra tan alejado y distante de esta obra de la paciencia —y débil también en comparación con intentar encontrar tal poder interior—, tener una base y un motivo para pensar y creer que **la potencia de la gloria** de Dios se compromete de forma sumamente generosa —para manifestarse abundante y prontamente— si se continúa buscándola. Bueno —dice el corazón débil—, esto lo hará, es decir, **la potencia de la gloria** de Dios; y he encontrado por algunas pruebas anteriores que el fuerte Dios y un corazón débil prevalecerán ante cualquier cosa y, de hecho, ante el mundo entero.

Y, por tanto, cuando pienses que las pruebas presentes que te han sobrevenido son mucho más grandes de lo que puedes soportar, piensa, con todo, en **la potencia de la gloria** de Dios que está cerca para ayudarte. Es una gran palabra **la potencia de su gloria** —un atributo mayor no podría nombrarse o encontrarse para nuestro consuelo—, y es una palabra de virtud, fuerza y poder para alentar a favor o en contra de cualquier cosa. Es cierto que tu prueba presente puede superar, y supera, ese poder interno que sirve y ha servido hasta aquí para fortalecer tus virtudes en tu camino cotidiano

con Dios, de forma santa y sincera. Un niño puede, mediante su fuerza ordinaria, ser capaz de andar arriba y abajo por una habitación con algún andador (supongamos) en el que se apoya, sin ninguna otra ayuda extraordinaria. Pero si ha de subir un par de escalones, la fuerza que lo capacitó para aquellas acciones menores no será suficiente para esto; debe ser llevado y sostenido en los brazos de uno que es fuerte y poderoso. Y así también aquí.

Esa otra parte de nuestra obediencia cristiana, la vida activa de un cristiano, por la que también ora el apóstol en aquel pasaje de Colosenses, por la que camina fructíferamente —como en el versículo 7 de ese capítulo—, requiere ciertamente el poder de Dios, porque por medio de él somos *guardados* para *salvación* todo el tiempo (1 P 1:5). Pero cuando se trata de paciencia y longanimidad, y de toda paciencia, y viene una prueba tal que pone a prueba tu paciencia, entonces es cuando menciona aquella gloriosa *potencia*, y no antes. Porque no debe ser menos a lo que acudas que *la potencia de la gloria* de Dios. Y la promesa, por tanto, es, en tal caso, que el Espíritu de gloria permanecerá en nosotros, y no solamente el Espíritu de gracia (*cf.* 1 P 4:14). Aliviaos y consolaos, pues, con estas cosas, y especialmente con esta: que, así como vuestras pruebas abundan, también esta *potencia de la gloria* de Dios abundará en vosotros, para vuestro socorro. Amén.

FIN